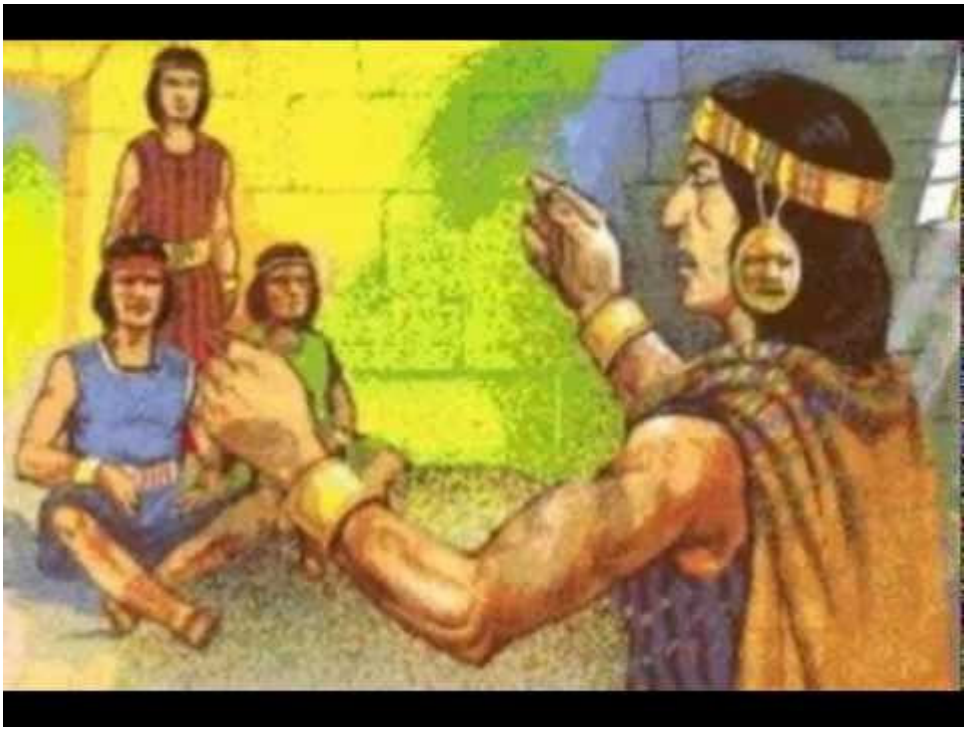


Año 1 – N.º 5 – mayo 2019

Revista literaria

Amauta *

- Se conoce con el título de amautas (del quechua: amawt'a; 'maestro', 'sabio') a aquellas personas que se dedicaban a la educación formal de los hijos de los nobles y del Inca. Las clases nobles y reales del Imperio inca fueron educados formalmente por los Amautas (hombres sabios).

Para publicar en la revista, comunícate con nosotros por mail a revista@misescritos.com.ar

No publicaremos textos de carácter político, político social, partidista, religioso y mucho menos pornografía. Tener en cuenta antes de enviar textos.

Ediciones MIS ESCRITOS

Enviar las obras CORREGIDAS

Poesías

Toledano Llumbet, José Luis	Cuba
Graña Abad, José Ángel	España
Bazán, Ana	Argentina
Pereda, Cristina	Argentina
Yoyita, Margarita	España
Fiorentino, Rubén Alberto	Argentina
Duzevich Duzoz, Anahí	Argentina
Noguera, María Cristina	Argentina
Rivero Scarani, Federico	Uruguay
Cesaratto, Manuela	Argentina
Gianotti, José	Uruguay
Almirón, José	Argentina
Bollea, Luciana Margarita Anahí	Argentina

Cuentos

Zaz, Gabriel Marcelo	Argentina
Escarti, Ainhoa	No informa
Bazán, Ana	Argentina
García Ventureyra, Julio	Argentina
Scaglione, Héctor	Argentina
Arnedillo Vera, Mónica	Argentina

Ensayos

González, Silvia	México
Ramos Maldonado, Antonio	Colombia

Notas periodísticas

Braum, Eva	Argentina

Arte plástico

Yoyita, Margarita	España

Toledano Llumbet, José Luis
Manzanillo – Cuba
susan1984@nauta.cu

A la sombra de un bonsái

Aquella ofensa, no ofendió al aludido
Era un pez volador que saltaba sobre el agua.
Que se masturbaba decidido a manchar el azul sereno y placido,
A ofender a las ninfas que se agolpaban inquietas
En el bosque.
Era un látigo pegajoso de tanto golpear
Sobre las espaldas mojadas.
Como si mirar desde abajo, muy pegado al piso fuera una herejía,
Si la sombra de un bonsái fuera menos sombra que un árbol gigante.

Pequeño árbol deformado por una mente siniestra
Minusválido y torcido.
Pequeña sombra como charca de orine
En una encrucijada.
A la sombra de un bonsái duermo
Sueño y hago el amor.
Me replanteo el destino en una pregunta.
¿Qué hizo dios conmigo?

Muchos otros viven también en su regazo
Son pequeños enanos
Que se arrastran por el suelo
Insignificantes criaturas.

Una bruja milenaria.
Una bruja milenaria
Nos deja fuera del juego.
Amamanta las injurias
Las escenas eróticas y arquetípicas.

Nos lastra el verbo y el sexo
La gente aplaude desde la platea.
Hay un entusiasmo inusitado
Por las inmundicias.

La inquisición dejo que viviera
En otro cuerpo sediento de amor.
En un abracadabra deslucido
Y público.

Una bruja de grueso pelo ensortijado
Gruesos labios mentirosos.
Finos dedos del acero de las flechas
Y pájaros agoreros.

José Ángel Graña Abad
La Reborica – España
joseanxograna@outlook.com

Del dios de los ateos, del samsara, del bajo astral y de los inframundos

Mi dolor no tiene dolor,
no tiene padre, no tiene madre,
no tiene hermanos mayores, no tiene novia,
está huérfano y solo, y podrido de doler.
Sé que tendrá hijos: hijos monstruosos y descastados,
crueles, horribles y asesinos,
sin piedad ni misericordia;
y él, que no sabe nada ni nada más,
ni porqués (un ser sin comprensión,
sin inteligencia y sin vida
y único y solo en una nada fría,
sólo posee todo el miedo, la angustia y la desesperanza),
siente que es un macho con partenogénesis.
Sin embargo, su vientre, sin células femeninas,
sin madre, sin útero, sin pelvis de mujer,
cosido y cerrado y sin vagina,
reventará de dolor,
y en su sudor, bañando el cielo de dolores,
resbalarán hijos machos huérfanos y ensangrentados
reventando su vientre y su cráneo
y mancharán la nada
como un monstruoso vómito en porciones
que crearán el universo, sin compasión e incomprensivas,
que sólo él comprende;
y tendrán infinitos hijos del Dolor
que serán todo vuestro dolor y sufrimiento
y crearán el universo.
Y lo culparán de todo,
y tampoco lo comprenderán ni conocerán,
y no le permitirán ni descansar ni llorar,
y serán ateos, y no tendrán fin,

le darán lanzazos como explosiones infinitas
de infinitas agujas clavándose en su cerebro
y preñando sin cesar su vientre.
Él es el Dios padre e hijo omnipotente del dolor
y de todos los dolores,
y sentirá constante dolor por todos vosotros
y nunca será querido, y siempre será repudiado,
recibiendo infinitos alaridos
que no lo comprenden y rompen sus tímpanos.
Ese Dios soy yo, El Yo Soy,
mi Yo Soy, el Yo Soy de esta dimensión,
del Bajo Astral y los Inframundos,
el Porqué de la poesía,
el porqué de todo,
por qué sin porqués,
Yo, Dios Padre omnipotente del dolor, maldecido y solo.
Esta poesía no tiene registro de propiedad intelectual,
ni fecha de caducidad,
ni puede plagiarse;
difundidla corriendo a pie entre sudores
y decidle la verdad de este Dios
a todos los seres del Samsara,
a todos sus hijos,
y pintad lágrimas en el rostro de Van Gogh,
de Baudelaire, de León Felipe,
de Miguel Hernández, de Pessoa,
¡oh, vosotros mis niños preferidos...!
¡No sé por qué!,
tal vez los únicos que me amáis.

Tu paz y mi locura fuerte trenzadas

Tú sabes que mi invasión te colma,
mi fuego te alivia,
mi entrega te sacia,
mi posesión te libera,
mi vida te mata
y mi muerte en ti calma
y crea y vive un universo de sosiego
donde el orden está en nuestro caos,
tu bendición en mi sonrisa,
y tu sonrisa definitiva
en mi silencio,
y en nuestra fusión tu todo,
en mi totalidad tu totalidad
y en mi explosión y en mi extinción en ti
la cumbre de tu placer, de tu victoria y de tu gozo.
Erguida en mi ansia

y sostenida en tu deseo
se amarra a nuestro espíritu una lanza,
su base en el centro de mi cuerpo
y en el otro extremo tú la diriges y la aguantas
con manos fuertes, temblorosas, gimientes,
desnudas y trémulas que esperan
el madrugar de nuestra danza.
Tú sabes, ves y conoces
un mástil encendido y victorioso
ardiendo en el fuego embravecido
de mi mirada penetrante
y tu mirada receptora
al otro lado
de la inmensa espada enrojecida
que deslizas dentro de ti,
devorando tu corazón, mi espíritu y tus entrañas.
Yo sé que soy el oleaje que te corrige,
que te convierte en infinita magia,
una oscilación y una realidad perfecta
y que te apaga.
Sabes que soy un eterno peregrino,
sediento, famélico y embravecido
que tiene instinto y destino definitivo
en tu morada y entre tus mantas
y que mis anhelos y mis deseos reprimidos
serán cobijados, recibidos y paladeados
en el fondo y en el centro de tu casa.
En la fogata roja y amarilla de tu sala,
todo lo que escondo y todo cuanto sueño
arderá urgentemente
en la base de tus llamas.
Estremecida, transmutada tú en humo y yo en brasas
surgirás al universo y a lo eterno y a lo etéreo
y yo seré el testimonio satisfecho y perfecto
de cenizas esparcidas y regadas en tu cama,
grises, apagadas e impolutas,
perfumadas por tu éter liberado y victorioso,
dibujando más de mil senderos
en tus sábanas blancas,
en donde me esperaste
para hallar la perfección y la liberación
de tu deseo, tu amargura, tus llantos,
tus mugidos, tus alaridos y todas tus torturadoras
e incomprendidas e incompasibles y gigantescas,
empapadas en lágrimas
de llanto de hembra colosal,
tus hasta ahora
inconmensurables ansias.

Bazán, Ana
Maipú (Mza) – Argentina
enc.adele@gmail.com

Somos

Somos, arena y agua púrpura.
Música y tormento.
Somos pigmento y camuflaje.
Islote, fin y río denso.

La semilla y la palabra.
Somos hechura y aprendizaje.
Historia o reflejo.
Somos eco y cabotaje.

Somos trama e hilo firme,
piel osuna o de cangrejo.
Somos genoma y trenza abierta,
escaras o camafeo.

Fuimos ensueño, realidad y artificio,
ceguera, muerte y cabeza hueca.
Seremos la risa y la aventura.
Raciocinio, coyuntura y fonética.

Seamos cavidad y plenilunio.
Influjo de Venus o amor fortuito,
plexo solar, ventriloquia.
Seamos, zigoto y principio.

Si me necesitas

Tú no sabes
pero he comenzado
ha tener miedo

No quiero ir cerca
ni dejarte
No puedo, tallar lejos

Tampoco subir o volar
No huiría al confín
pretendo, ser, estar

Aunque seas una cruz

de vil metal,
no pretendo discurrir

Estaré aquí, siempre
si me necesitas
Te ofrezco mi halo

No puedo cerrar puertas
ni olvidar tu existencia
porque, te amo.

Amor púrpura

Mi corazón se ha paralizado
lo que has señalado,
vas a consumar.
Esto no va a ser simple.
¿Persistir, hasta haber invernado?
¡Si a verlo aflorado
no puedo esperar!

Aunque delicada la apuesta
he de ubicar todo a tu favor
pues estamos, no bajo el mismo sol.
La ruleta, nos dará opción
y solo tú, tú posees la respuesta.

Lo hago por ti.
Inquietante expectativa.
Me has devuelto la alegría,
la que no creí
recobrar algún día.
Regresa, y está frente a mí.

Pereda, Cristina
Cdad A. de Buenos Aires – Argentina
amecrys@hotmail.com

Musas e Inspiradas

Como torrente
de humanidades

apasionadas, elocuentes
la inspiración
siempre presente,
son las musas
pasión y furia
para esos virtuosos
sin espacio, ni tiempo
de pinceles y plumas
de corcheas y lujuria.
Vertiginosas y desenfrenadas
su arte proclama
son las inspiradas
expresan lo material
imaginan lo invisible,
fantasean con su ropaje
de autosuficiencia y liberación.
Las musas
seducen y cautivan
las inspiradas
son misterio y doctrina.

Yoyita Margarita
España
yoyitamargarita@gmail.com

Sonrisa

No quiere ser blanquita.
No es lo que quiso ser.

No es.
Adora.
Siente.
Está alegre y se palpa.

Pero sola.
No desea.
Pero sola.

A pesar de ello,
Juliett Marins
no se cansa
a pesar de su sentir,
lo dice doña Konzueli...
de sonreír.

Deseo negro

Noir, noir, noir negro
blacky cha chachá...

Deseo,
muerta de deseo
y con mi hermoso niño conmigo
que me acompaña, juega.

Amor,
locura de amor, no me gusta
la vida de nadie.
Sólo me inquieta mi eterno deseo.

Fiorentino, Rubén Alberto

Béccar – Argentina
nortangoxxi@yahoo.com.ar

Desocupado

Con el alma maltratada
de yugarla por comida
a la vuelta de la vida
me veo en la encrucijada,
de lamentar de mi suerte,
reconocerme vencido
o sin mostrarme abatido
declarar la guerra a muerte
a quienes hoy me marginan
porque pasé los cuarenta,
sin reparar en la cuenta,
que mis fuerzas no declinan.

Siempre al "laburo" dispuesto,
como pocos me mostré
y si nunca claudiqué...
¡No merezco todo esto!
Cuan insensible resulta
el mercado laboral
para el problema social
de millones de argentinos
apartados del camino
por decisión despreciable

cual si fueran descartables
que se usan y se tiran.

Despojado de rencores
al Supremo me encomiendo,
lo que ahora estoy sintiendo,
no quiero que a otros suceda...
Duele mucho la ceguera
de la clase dirigente
que da espaldas a la gente
y no atiende sus problemas
La justicia verdadera
ha de llegar algún día
y volverá la alegría
de sentirme... ¡Laburante!

La vieja

Apuntados para el convite
de deschavar sentimiento,
los bardos no piden vuelto,
garpan el toco en chamuyos
encordelando de arrullos
al ser que nos dio la vida,
mina debute y sufrida
que yugo por el buyón
y se bancó sin jabón
el criarnos de purretes.

El pelpa no alcanzaría
para mangarle el perdón
por mancarle una ilusión,
por provocarle una pena,
por batirle que era buena,
cuando no pudo escuchar,
por las veces que a llorar
por nosotros se largó
por las tantas que engranó
con nuestra forma de actuar...

Diosa de toda ternura,
una jermu sin igual,
monarca de delantal,
minga de trono y corona,
de la casa la patrona,
es el alma del hogar,
curtida de aconsejar,
a lo largo del camino,
un regalo del destino

es para todos... ¡La vieja!

Duzevich Dezoz, Anahí

Cañada de Gómez – Argentina
be-o-adb@hotmail.com

Entre los miedos

"Pero al fin bajarás la voz/ y atarás tu ansiedad de distancias."
Homero Expósito.

Busco tras las luces de los lejanos fuegos
la presencia de un ángel deshilado.
En tiempos fenecidos alzo los ojos hacia el reino
que nada reclama/nada invoca
en este sitio de pastores desnudos
con gestos estrangulados.
Ante el alma de los elegidos
me perturba un cielo conocido
que me desconoce.
Busco tras las luces
la presencia invocada
cada vez que alguien sobrevive entre los miedos.

Noguera, María Cristina

Pergamino – Argentina
crisnoguerapoet@hotmail.com

Súplica

"Si existen los jardines
por favor háblale de ellos"
"Los Jardines". Edna Pozzi.

Dile de niños muertos
que abren sus hojas
en la ruda miseria.
Dile que la casa está agitada
con vientos de tormentas.
Cuéntale de ellos y nosotros
cuéntale de nosotros y ellos
algo así como dos partes

de una patria entera.
Háblale de los cuervos
que picotean la soberbia
con voces de tormentas.
Por favor llama a la "Paz"
ruégale que traiga la manta
aquella, de serena tolerancia
para aquietar este frío infierno.

Rivero Scarani, Federico

Montevideo – Uruguay
fscarani24@yahoo.com

Durante el atardecer

I
La Luna menguante durante la mañana
en el celeste Cielo con su geometría.
Las palmeras erguidas, quietas sin Brisa,
Los pájaros planean hasta ellas
Guareciéndose para comer sus frutos.
Las impávidas gárgolas testigos son.
El calor del Verano se extiende
sobre la Bahía y su prehistórico Río.
Yo sentado en el parque disfruto
tratando de comprender.
¡Sobre el follaje moviéndose
por la Brisa que se despertó!
¿sobre el horizonte en lontananza
Besándose con el río?
¿sobre el rocío que aún duerme
extendido en el pasto?
¿sobre el Tiempo que me queda por vivir contemplando?
¿por qué debo comprender?
Si los hechos, maravillas y milagros
de la Vida son un regalo eterno
que me brinda la existencia, Dios.

II
REMIX DE DOS SONETOS BARROCOS DE
Francisco de Quevedo y Villegas, Luis de Góngora y Argote.

¡Ahí estás, Otoño!,
con tus hojas caídas acariciando al Estío
"¡ah de la vida! ¿Nadie me responde?
¡Que sin saber cómo ni adónde
la salud y la edad se hayan huido!"

Nada nos libra
Ni del amor su roce y misterio
Porque también se lo traga el Tiempo
Como tormenta abarcando al cielo.
Por eso te digo:
“goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada…,
no sólo
en plata o viola troncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente:”
tierra, humo, polvo, sombra, Nada.
Somos rehenes de nuestras emociones
somos culpables por haber nacido
somos signados hasta que morimos
y aun después de la muerte
restos quedan de nosotros
¡ahí estás, otoño,
Con tus heladas manos de Invierno!

III
Y ella me confesó
que el auténtico coraje se demuestra
aceptando las afrentas sin pestañear,
lo comentó con melancolía
como el hombre sedentario,
que por muchas riquezas que posea,
jamás sabrá gozar
de la compañía de las estrellas.
Entraron deidades antiguas con candelabros
rompiendo la magia de su confesión,
y la habitación quedó sumida
en una penumbra azulada
como nuestras sombras.

IV
De pronto invaden el sendero
ciegas formas que abrasan el oído
y despierto en el aire en el que me voy muriendo;
olvídame como a la luz, a la sombra, al desmayado aliento
de esta luz temblorosa y fratricida
escondida en la perdida geometría
del canto sobre el viento.
Y quizás entre los ángeles yo padezca
el cruel destino en el silencioso coro
y en las tinieblas de sus sangres áureas
agonice mi vida que fue oro.
Y un ángel se me vuelve laberinto,
urgencia de un cristal desorbitado,
y me voy yendo, yendo lejos
hacia un límite que siempre estará vedado.

V
Vienes y te vas igual a las estaciones
el otoño te queda en los ojos bello
y la primavera retoña en tus manos de flores.
Vienes y te vas aunque esos ojos
que te miran desde la foto
te causen miedo, el temor de perderte
dejándome apenas solo el recuerdo.
Y yo te extraño como a la escarcha la mañana
de un invierno que no se va más…;
de ti me quiere alejar, y me niego
como el Ángel Rebelde en el Cielo
a olvidarte como a un dulce sueño
y es por eso este canto sin paz

VI
Recuerda esta noche
porque marca el principio
de la Eternidad.

(LATÍN)
Tu recorda hic noctem
quod notat principium
Aeternitatis.

VII
Llegaré hasta tu puerta
durante la noche asqueada
de nuestro amor.
Te amaré hasta el Hastío
y te enseñaré las diferentes maneras de acariciar
como las estrellas eróticas
del firmamento enfermo.

VIII
Cuando la oscuridad rodea a las cosas
y el silencio es el príncipe de extrañas ceremonias,
te dirán las estrellas que ya no brillas
como solías hacerlo; ¿por qué?
Cuando los fantasmas danzan contigo
y abres las manos como mariposas,
no olvides que la ciudad que te cubre
es una mortaja Gris.
El amor, ¡el amor!, qué palabra pasajera
los labios antes del beso se la reservan
para luego pronunciarla.

IX
(Domingo por la noche)

Arábiga luna de hechicerías noctámbulas,
te celebro desde el suelo sacrosanto
y deambulo embriagado por tus sinuosos reflejos
en el agua de los charcos que como ojos de ciego
te absorben lunáticamente en su licantrópica
selenitud

Inana de verdes tiempos con auroras de magia,
los templos te llaman como mi alma
como las cosas que buscan su nombre
como la vida que se hace camino bajo tu halo
te sostengo a pesar de mi alarma emotiva

Faro del pobre sin techo del ebrio asesino
del nauta sin rumbo del amante airado
faro de gatos en celo de brujas de cal
ilusoria la trampa con la que atrapaste al pagano
tutora de fantasmagorías de invierno
¡Ráptame llevándome en tu escala de bruma
hasta el nido de los amantes de ojos verdes!

¡Apriétame el cuello como si para llorar
lo necesitara más que al aire, más que al alma!

Cesaratto, Manuela

Bell Ville (Cba) - Argentina
manu_cesaratto@hotmail.es

Draspier

Las piedras de un desengaño,
Cual herida es un tajo,
Sangrante de recuerdos,
Hoy se baila entre tacones,
Por las veredas del mundo.
Entre cortes y quebradas,
Va pasando el diluvio,
Esfumándose la noche,
Por las cuerdas de la guitarra,
Se oye a lo lejos la serenata.
De aquel tango que enamorara,
A la morocha porteña,
Bajo la luz de su ventana,

Una sonrisa iluminaba la noche,
Junto al vidrio que resquebraja,
Cual belleza inmortal,
El destello de su mirada,
Entre las penumbras de la vida,
Melodía que enaltece,
El sufrimiento humano,
Llevado de la mano,
Del sentimiento mismo.

La trale

La letra que Gardel no escribiera,
En desolada noche,
Se lo llevo el mal infortunio,
Junto al relámpago,
De una explosión.
El llanto de su madre,
Quebrantaba el viento,
Las lágrimas de su dolor,
Inmortalizaron su recuerdo.
Cual versos aprisionaban el pecho.
En la letanía de la existencia,
Callaron las guitarras,
Junto al bandoneón,
En un desolado silencio,
Surgió el tango que lo inmolara.
Como el morocho porteño,
Que alzo su voz,
A los cuatro vientos,
Conquistando el mundo,
Con sus versos.

Gotan

Entre el infortunio de la vida,
Por los desgarros del alma,
Sonaban los violines,
Junto al gemido melodioso del piano.
Caía la lluvia en aquella tarde gris,
Revoloteaban las palomas,
Danzando en la vereda,
Aquel tango sentimental.
Cual algarabía de la tristeza,
Emana por los aires,
Junto al farolito que ilumina,
La luna ensancha la pista.

Invitándonos a bailar,
Entre las quebradas piedras,
Que rajan el corazón,
La sonrisa humilde de aquel cantor,
Hizo que sonaran las guitarras,
Bajo la luna arrabalera.

Gianotti, José
Paysandú – Uruguay
josepepegianotti@gmail.com

Soñando

Vi un arlequín bailando
sobre un plato de papel
un delfín blanco nadando
dentro de un frasco de miel,
un pelícano manchado
durmiendo en un anaquel
dos palomas parloteando
sobre un muro de cartón
y un vagabundo cantando
un tema sin ton ni son.
Vi las nubes que pintaban
golondrinas por doquier
hormigas en caravana
con pancartas de color,
vi un lagarto que bailaba
junto con un puerco espín
y una cigüeña morada
con tan sólo un calcetín.
Vi un pingüino tiritando
prendido a un rayo de sol
vi una garza naufragando
como un barco sin timón
a un biguá que conversaba
con un bagre de cartón.
Vi un arco iris pintado
todo de un solo color
vi la noche que abrazaba
con fuerza al amanecer
vi que ya estaba despierto
y más nada pude ver

Pesca

La cinta plateada del arroyo
acaricia sensual las dos orillas,
corre tranquilo y majestuoso
rizado apenas por la brisa

custodian su marcha silenciosa
arrayanes ceibos y espinillos
que dibujan con sus sombras sobre el agua
contornos de figuras misteriosas

Se escucha el arrullo de palomas
y el zumbar de las abejas laboriosas.
El sol corre el telón de brumas
y al instante la función comienza

Saltimbanquis de túnicas plateadas
las mojarras bailan la danza de la vida
al verse ferozmente perseguidas
por la voraz y oscura tararira.

El pescador, con calma espera
con su reel, su tanza y su plomada.
de pronto la caña asiente y el silencio,
es roto por el goteo inconfundible del carrete.

Y esparciendo mil perlas cristalinas
sobre la cinta plateada del arroyo
tensa la línea el gran dorado,
que con reflejos de sol en el anzuelo
brillando cuál diamante, está engarzado

Almirón, Julio
Cdad A. de Buenos Aires - Argentina
julioalmiron127@gmail.com

Peces

Dos labios inquietos
jugaron
como peces escondidos
debajo de la ropa

En un mar de segundos
allí la besé
la comisura de su inquietud
y resbalé de improviso
por su cuerpo de mujer

Delicia de la noche
hecha de orgasmos
piel de cereza
hija de Neptuno
mi cielo e infierno.

Ellas

Bajo un cielo empañado
las mujeres
ofrecen sus vientres
mojando la tierra

En la distancia
las envuelve
una marea de recuerdos

Ya no hay adversarios
que muerdan sus raíces

La vida es una antorcha verde
que ilumina el mundo.

Bollea, Luciana Margarita Anahí

San Miguel de Tucumán – Argentina
lucianabollea@hotmail.com

Tu recuerdo

Cuando es de noche y llueve
me gusta poblarte el cuerpo de besos
urdir en tus deseos y acariciarlos todos.
Porque cuando es de noche y llueve,
es a tu recuerdo
a quién le hago el amor.

Inevitable

¡Estoy delatada!
nada en mi cuerpo puede ocultarte,
aquí sos inevitable, siempre…

Revolución

Esta noche me dejo sentir,
me permito habitar el deseo
y te beso los lunares,
buscando el recorrido hacia tu boca.
Esta noche me despojo de las imposibilidades
y te hago una revolución en el alma y en el cuerpo.

C U E N T O S

Zaz, Gabriel Marcelo
Cdad A. de Buenos Aires - Argentina
gaby.zas.29@gmail.com

Prefacio

En 1975, el inspector retirado de la Policía Federal irlandesa, Sean Dortmund, vino a la Argentina impulsado por uno de los casos que allá investigaba y que por muchos años no pudo resolver, ya que un asesino serial apodado El Asesino del Ferrocarril, por su obsesión de matar siguiendo el estricto orden de las estaciones del ramal de una red ferroviaria específica, habría estado actuando en el país. Al arribar a Buenos Aires, se presentó espontáneamente en la oficina del jefe de la División Homicidios de la Policía Federal, capitán Eugenio Nicanor Riestra, para ofrecerle su ayuda en el esclarecimiento del caso. Un poco renuente, Riestra aceptó la colaboración de aquel excéntrico caballero extranjero y quedó deslumbrado por la sagacidad con la que resolvió el caso, que nada tenía que ver con el original, ya que se trataba de un simple imitador que conoció los detalles del mismo a través de los medios internacionales.
El capitán Riestra se sintió tan maravillado con las formas deductivas que empleó este personaje en la resolución del asunto, que le pidió asistencia de ahí en más. Y fue así que Sean Dortmund se transformó oficialmente en asesor de la Policía Federal argentina. Paralelamente, investigaba casos de índole particular que le llegaban por recomendación de terceros.
Este es uno de sus tan destacados casos.

El último canto del tenor

Se escucharon dos golpes secos en nuestra puerta. Nuestro invitado debía haber llegado. Dortmund se levantó apresuradamente de su silla y de un salto, corrió a abrir. Abrió y sus ojos coincidieron con los del capitán Riestra. Nuestro amigo de la Policía Federal entró, nos saludó formalmente y se sentó tras una indirecta del inspector.
_ ¿Quiere beber algo, capitán Riestra? _ lo invitó mi amigo, cortésmente.
_ No, le agradezco, Dortmund_ declinó con la misma cortesía la invitación, Riestra.
_ ¿Ha venido a consultarme sobre algún caso en particular?
El capitán se mostró de repente sumamente preocupado, subsumido por una incertidumbre que lo atormentaba gravemente. Dortmund lo advirtió y adquirió una actitud benevolente para con nuestro amigo.
_ Puede hablar con total franqueza, capitán Riestra_ le dijo Dortmund.
_ Lo sé_ repuso el aludido, afligido. _ Siempre es bueno contar con usted. Y en estas circunstancias, considero que es la única persona que puede ayudarme.
_ A su disposición. Si es tan amable de ponerme al tanto de los pormenores del incidente...
_ Antes que nada, debe saber que es un asunto bastante delicado. Bueno, ¿qué homicidio no lo es? Pero este caso en concreto reviste un interés por fuera de lo particular. No sé si en estos años de conocernos les he mencionado alguna vez que tengo una hermana.
Dortmund y yo negamos con la cabeza.
_ Bien_ continuó Riestra. _ Se llama Carina Riestra. Es dos años menor que yo. Hace cinco años atrás se casó en secreto con Abel Luro. Es un buen tipo. Algo antipático y egocéntrico, pero una excelente persona. Ama mucho a mi hermana y eso es lo que importa. Ella es muy feliz con él...
Hizo una pausa abrupta. Y agregó en tono más grave y apesadumbrado.
_ Mejor dicho, era muy feliz con él.
Con Dortmund, intercambiamos una mirada muy significativa e insinuante.
_ ¿Por qué dice era, capitán Riestra? _ inquirió Sean Dortmund con mucho interés y mucha cordialidad.
_ ¿Qué sucedió?
_ Lo mataron hoy a la mañana clavándole un punzón en la nuca, dentro de su propio estudio, que está en la casa que compartía con Carina.
_ Eso es serio, capitán Riestra_ opiné.
_ Todavía no conté la peor parte, señores. Mi hermana se responsabiliza por el hecho. Sus palabras textuales ante el inspector que respondió al llamado al 911 fueron: "Estábamos discutiendo en su estudio. En un ataque de rabia, la situación se descontroló, y entonces, tomé la pistola y le disparé. Entré en pánico y me quedé paralizada. Y cuando reaccioné, ustedes llegaron".
_ ¿Dijo que le disparó con una pistola? _ pregunté asombrado.
_ Sí, doctor. Pero el forense constató que el arma homicida fue un fino punzón que estaba apoyado en el escritorio de mi cuñado. Diría que fue un arma de ocasión. Eso coincide con el ataque de furia de momento que manifestó mi hermana en su declaración, pero se opone tajantemente al método utilizado para darle muerte a Abel.
_ Perdone que le pregunte esto, capitán Riestra_ intervino Dortmund, pensativo. _ ¿Su hermana padecía algún trastorno psicológico? ¿Estaba medicada por algún profesional?
_ No, nada de eso_ respondió nuestro amigo muy seguro. _ Odio admitirlo, pero mi hermana encubre a alguien. No lo voy a negar, está en serios problemas.
_ En eso estamos de acuerdo, capitán Riestra. Pero de algo estoy absolutamente convencido. Usted no la cree culpable del asesinato del señor Luro.

_ ¡Para nada! Y quiero ayudarla. Hablé con el fiscal del caso, que es muy amigo mío, y convenció al juez para que nos dé 24 horas de gracia como un favor personal. Si no avanzamos dentro de ese margen de tiempo, la va a procesar por homicidio agravado. Por eso acudí a usted.
_ Haremos lo posible, se lo prometo. ¿Sospecha de alguien?
_ No. Decididamente, no. No estoy muy adentrado en la vida íntima de mi hermana y sus relaciones, así que no puedo dirimir mis sospechas en ninguna dirección en particular. Pero podemos reducirlo todo a dos personas: Santiago Lutzack y Martina Azcurra. Ellos dos visitaron a Abel un rato antes del asesinato hoy a la mañana. Pero Carina fue la última en verlo con vida y eso agrava aún más su situación procesal ante la mirada de la Justicia.
_ ¿Qué dijo la señora Riestra, capitán, respecto a lo que hizo con el arma después de supuestamente matar al señor Abel Luro?
_ Dijo que no lo recuerda. Y en lo que a mí concierne, dudo de que exista una. Ella y Abel aborrecían las armas de fuego. La Policía buscó en toda la casa, pero no halló ninguna. Y los vecinos nunca escucharon una detonación. Bueno, eso está claro si a Abel lo asesinaron de una puñalada en la nuca. Por eso no pudo ser mi hermana. En ninguno de los dos casos, ella pudo matarlo.
El inspector abrió los ojos enormemente.
_ ¿Qué quiere decir? _ me atreví a preguntar primero.
_ Carina sufrió hace diez años atrás un accidente doméstico que le redujo su fuerza a la mitad en ambos brazos. Por ende, le hubiese resultado imposible tomar el punzón y clavarlo con perfecta precisión en el cuello de Luro. Lo mismo que haber tomado una pistola. No hubiese podido ni por lejos hacerlo.
_ Confirmado: encubre a alguien.
_ La pregunta es doctor_ expresó Dortmund_ a quién. ¿Al señor Lutzack o a la señorita Azcurra?
_ Hay que hablar con ellos_ propuso Riestra. _ Y ver, además, porqué visitaron a Abel hoy a la mañana.
_ Estoy de acuerdo_ convino el inspector. _ ¿Encontraron huellas en el arma homicida?
_ No. El asesino usó deliberadamente guantes.
_ ¿Tocaron algo de la escena? ¿No movieron nada?
_ Aparentemente, no, Dortmund.
_ Interesante. No lo sabremos con certeza hasta revisar la escena nosotros mismos y sacar nuestras propias conclusiones.
_ ¿Por qué discutieron el señor Luro y su hermana, capitán? _ indagué.
_ Carina creía que Abel la engañaba desde hacía tiempo con otra mujer_ repuso Riestra. _ No sospechaba de ninguna en especial, pero estaba convencida de la infidelidad. Hace dos días encontró entre las cosas de Abel una pulsera de plata con incrustaciones de oro envuelta para regalo. Ella supuso que era la prueba que estaba buscando y la robó discretamente para averiguar para quién era. Abel descubrió su falta, ella lo enfrentó y por eso discutieron fuertemente al respecto.
_ ¿Usted cree que realmente había una tercera en discordia? _ preguntó Dortmund con un tono de voz sugerente.
_ Abel tenía muchos defectos_ explicó el capitán Riestra. _ Pero dudo sinceramente que la infidelidad fuese uno de ellos. No, estoy absolutamente convencido de que esa pulsera era un regalo para mi hermana y él estaba esperando el momento propicio para dárselo.
_ ¿Celebrarían algo especial prontamente?
_ No había nada cercano. Pero no se necesita esperar un día especial para hacer un regalo. ¿O sí?
_ Por supuesto que no, capitán Riestra_ repuso Dortmund, vacilante. _ Hábleme brevemente del señor Abel Luro, si es tan amable.
_ Era tenor lírico. Cantaba en uno de los coros del teatro Colón. La semana que viene estrenaría una nueva ópera y estaba muy metido con eso. Él se encerraba en su estudio a ensayar y estudiar el guión.
_ ¿Esto lo sabe por boca de su hermana, capitán? _ pregunté.
_ Efectivamente, doctor. Lo fui a ver una vez. Tenía una voz fabulosa. Su voz era tan potente, que hacía temblar las paredes de la sala a troche y moche.
_ ¿Algún problema con alguno de sus colegas de elenco?

_ No, doctor_ interrumpió Dortmund, decididamente. _ No es relevante su pregunta. El motivo del crimen viene por otro lado. No perdamos tiempo. Vayamos a la escena. Recuerden que sólo tenemos 24 horas antes de que el juez acuse a la señora Carina Riestra por asesinato.
Y sin perder ni un minuto más, hacia allá nos dirigimos. Era una casa con una entrada amplia y un jardín trasero que daba al estudio del señor Luro. Por dentro, la casa no era gran cosa. Tenía una decoración austera y rústica, pero todo dispuesto elegantemente. Nos identificamos con los oficiales de turno e ingresamos.
Sean Dortmund fue directamente al estudio del señor Luro. Una vez dentro, su atención se fijó inmediatamente en la ventana que daba al jardín. La examinó visualmente, y haciendo uso de un pañuelo y con extremo cuidado la abrió. La revisó por dentro y por fuera muy a conciencia, salió al jardín por la ventana misma y la cerró. Calculó una mínima distancia, retrocedió de espalda y luego se volvió de frente mirando hacia el estudio. Repentinamente, sus labios surcaron una mueca de satisfacción. Con el capitán, lo miramos todo el tiempo confundidos. Y esa actitud suya final nos dejó caminando sobre una cuerda floja.
_ Capitán Riestra_ dijo Dortmund, dirigiéndose directo a él. _ Cuando su hermana vio el cuerpo de su esposo, ella lo vio desde acá, ¿no?
_ Sí_ repuso Riestra, modestamente extrañado. _ Al menos, eso adujo ella en su declaración. Y le creo.
_ ¿El cuerpo fue hallado de frente o de espalda hacia la ventana?
_ De espalda. La Policía lo encontró con la cara girada hacia la puerta de entrada.
_ Entonces, ella no lo hizo porque no fue la última persona en ver con vida al señor Luro. Ella discutía en duros términos con su esposo cuando alguien llegó. El señor Luro le rogó a su esposa que le diese privacidad y ella abandonó el estudio bastante resentida, imagino. Y salió al jardín para tratar de determinar disimuladamente qué era lo que el señor Luro hablaba con su visitante. Quizás no pudo ver mucho y vio realmente menos de lo que hubiese deseado presenciar. Pero su mirada se topó con una escena espantosa un rato después: vio a su marido tendido en el piso de espalda muerto y se horrorizó. Y de ahí viene su confusión al creer que lo asesinaron de un disparo.
_ Vio la sangre fluir de la nuca y creyó que le dispararon en la cabeza por detrás_ reaccionó sabiamente el capitán Riestra. _ Creyó que la persona con la que estuvo momentos antes lo mató y ella se inculpó por pánico. Fue impulsiva, actuó sin la razón. Y no pensó en los detalles del arma.
_ Exacto, capitán Riestra_ lo halagó mi amigo.
_ Carina conoce al asesino. ¡Nos lo tiene que decir! Sólo así podremos salvarla.
_ No, no debemos presionarla. Si no se lo dijo a los oficiales que la interrogaron, tampoco a nosotros. Aunque usted sea pariente de ella y por ende alguien de su mayor confianza, capitán, no lo hará. No, hay que hacerlo atrapando al verdadero asesino. Volvamos adentro.
Cuando regresamos al interior del estudio, Dortmund se abocó a examinar los elementos que había arriba del escritorio. Notó que había un espacio vacío en el centro de la mesa, en medio de una capa de polvo que cubría todo el ancho y el largo del mueble en cuestión.
_ Indudablemente, movieron algo de la escena_ dijo Sean Dortmund, señalando su hallazgo.
Con el capitán Riestra nos quedamos sin aliento.
Mi amigo se dirigió a los oficiales y peritos que trabajaron en la escena y todos negaron haber movido algo. Y se pusieron tensos cuando mi amigo los guió hacia su descubrimiento. ¿El asesino se había llevado intencionalmente algo que lo ligaba con el asesinato? Era muy probable, pero no algo definitivo.
Una mujer de mediana edad, cabello corto a la altura de la nuca y de modales muy correctos entró a la escena agitadamente desoyendo las advertencias de los agentes que trabajaban en el lugar. No obstante, la recibimos cálidamente.
_ Me llamo Martina Azcurra_ se presentó, frotándose las manos de nervios. _ Tengo que confesarles algo, ya no me lo puedo guardar más.
_ ¿Qué es, señora Azcurra? _ inquirió Riestra.
_ Quiero confesar el homicidio de Abel Luro. Yo lo maté.
Los tres intercambiamos una mirada severa.

_ ¿Está segura de lo que dice? Es una acusación muy seria la que está haciendo_ dijo el capitán Riestra.
_ Sí, yo lo hice, yo lo maté_ repitió ella muy exaltada.
_ Muy bien_ asintió nuestro amigo. _ Cuénteme cómo lo hizo.
_ Lo golpeé en la cabeza con el pisapapeles que hay en su escritorio. Discutimos, yo me estaba yendo, él me dijo algo provocativo, yo reaccioné, lo confronté, se rió de mí, me dio la espalda y en un denotado ataque de ira, tomé el pisapapeles y se lo partí en la cabeza por atrás. Me asusté y me fui.
_ Señora, eso no es posible...
_ ¡Yo lo maté!
_ Está bien. Que un oficial le tome la declaración para hacerlo formal. Dele todos los detalles, por favor.
Riestra llamó a uno de los oficiales que custodiaba el ingreso al estudio en donde estábamos todos y le dio estrictas órdenes de qué hacer con la señora Azcurra.
_ Muy bien, señor_ replicó aquél. Y se llevó a Martina Azcurra a otra parte.
El capitán se volvió hacia nosotros ofuscado y confundido.
_ Sabemos que ella no lo hizo_ deslizó con desdén. _ Tenemos a dos personas que se responsabilizan por el homicidio y sabemos que ninguna de las dos lo hizo. ¿Qué opina Dortmund?
_ Que esto se está poniendo muy interesante_ declaró mi amigo con ímpetu. _ Y lo mejor de todo es que el caso se está prácticamente resolviendo solo.
_ ¿Cómo es eso posible? _ expresó el capitán, desquiciado.
_ Ya lo verá usted, no se precipite.
Sean Dortmund continuó requisando la escena del crimen por unos minutos más e inmediatamente después de que hubo concluido su pesquisa, solicitó entrevistarse con la señora Azcurra.
Lo autorizaron y se encerró con ella en un cuarto aparte a solas.
El inspector le pidió que relatase los hechos tal como sucedieron al momento del homicidio y ella repitió la misma historia que nos contara a los tres previamente.
_ Miente, señora Azcurra_ declaró flamante, Dortmund.
Ella lo miró con hostilidad.
_ El señor Luro no murió de un golpe en la cabeza, como usted declara_ prosiguió el inspector.
_ Sí, porque yo lo hice.
_ ¿Sostiene su postura?
_ Firmemente.
_ Sólo intento ayudarla. Pero no puedo hacerlo si usted no colabora y es honesta conmigo.
_ Le estoy diciendo la verdad... ¡Soy una asesina desalmada! Tengo que pagar por lo que hice. Abel no merecía morir. Si tan sólo hubiese sido capaz de controlar mis impulsos en esos momentos...
_ ¿Se arrepiente?
_ Sí_. Agachó la mirada en señal de culpa.
_ Lo cierto es que usted no pudo haberlo matado, señora Azcurra_ siguió mi amigo con su disertación, _ porque al señor Luro no lo mataron de un golpe en la cabeza como usted afirma, sino de una puñalada en la nuca asestada con un punzón.
La expresión de la mujer cambió radicalmente.
_ Yo creí que..._ repuso Martina Azcurra, avergonzada.
_ ¿Que la asesina era la señora Riestra? Tampoco. Ella se culpó del homicidio porque vio a su esposo desde el jardín tendido en el piso con sangre que le fluía de la nuca y por eso pensó que le habían disparado. Pero eso no ocurrió tampoco. Carina Riestra sospecha que su esposo le es infiel con alguien más y lo confronta para averiguarlo. Discuten fuertemente y en ése preciso instante, llegó usted, lo que le dio razones a la señora Riestra para suponer que usted era la misteriosa amante del señor Luro. Ella los deja a usted y al señor Luro solos y se va para el jardín para poder espiarlos con sutileza, y confirmar o no sus temores. Usted la vio desde el estudio, pero la ignoro porque jamás fue consciente de sus sospechas.
<No, no esperaba semejante cosa de la señora Riestra. Así que, el hecho para usted pasó absolutamente desapercibido. Pero no tanto para el señor Luro, que debió imaginar lo que su esposa pensaba y por eso

le pidió a usted que se retirase. Usted se va ofuscada. Y en ese lapso de tiempo, alguien asesinó al señor Luro con el punzón para hacer creer que se trató de un crimen de ocasión y no fríamente planeado, como realmente fue.>
<La señora Riestra hace el descubrimiento del cuerpo e inmediatamente sospecha de usted. Usted, señora Azcurra, regresó porque dejó olvidado algo arriba del escritorio del señor Luro y vio algo inesperado: vio a la señora Carina Riestra arrodillada al lado del cuerpo de su esposo y sosteniéndolo llena de dolor y desolación entre sus brazos. Y usted supuso que ella lo había matado. Tomó lo que fue a buscar y sin intercambiar ni una sola palabra, recuperó lo suyo y se fue asustada, no sin antes intercambiar miles de miradas cargadas de emociones con la señora Riestra. ¿Me equivoco?>
_ No. Todo sucedió así_ admitió la señora Azcurra, absolutamente apenada.
_ Como no deseaba que la señora Riestra se viera envuelta en el asesinato de su marido porque la estima mucho y la considera una buena mujer, se inculpó usted misma por el crimen que pensó dadas las circunstancias que ella había perpetrado. Pero lo cierto es que no fue ninguna de las dos.
_ Carina no merece pasar por esto. La conozco hace años... ¿Sabe algo, inspector? Me alivia mucho saber que ella no asesinó a Abel.
_ ¿Qué volvió a buscar al estudio del señor Luro, señora Azcurra?
_ Una cigarrera. Abel era fanático de los cigarrillos que yo consumo. Así que, siempre que lo visitaba, traía mi cigarrera para convidarle algunos. Hoy a la mañana me echó tan de repente y me sentí tan molesta, que me fui sin agarrarla. Hice unos pasos, descubrí el olvido y regresé. El resto ya lo sabe.
_ ¿Cuánto tardó en regresar, aproximadamente?
Martina Azcurra vaciló antes de responder.
_ Entre cinco y diez minutos, no más_ respondió con contundencia.
_ ¿Está segura?
_ Absolutamente segura.
_ ¿Se cruzó con alguien en ese ínterin de tiempo?
_ No, no me crucé con nadie. No vi a nadie, inspector.
_ ¿Por qué visitó al señor Luro?
_ Éramos muy buenos amigos. Me propuso un proyecto de negocios juntos y estábamos en tratativas para concretarlo. No se lo dijimos a nadie para no arruinarlo. Pero venía muy bien encaminada la cosa y queríamos sumarla a Carina si todo resultaba favorablemente como esperábamos con Abel.
_ ¿De qué trataba el proyecto, señora Azcurra?
_ Con la importación de vinos. Iba a llamarse El último canto del tenor, en honor a su última ópera. Teníamos muy buenos contactos en Mendoza.
_ Gracias, señora Azcurra. Fue de mucha ayuda.
Sean Dortmund volvió al estudio del señor Luro y revisó el espacio vacío que había en el centro del escritorio.
_ ¿Qué sucede, Dortmund? _ preguntó Riestra, preocupado.
Mi amigo nos hizo un resumen de los hechos que dedujo a partir de la declaración de la señora Martina Azcurra, y luego agregó entre cavilaciones:
_ Ella alegó que volvió a buscar su cigarrera. En el hueco que hay en la mesa, se puede entrever la silueta de un accesorio similar al de una cigarrera, lo que se condice con el testimonio de la señora Azcurra. Pero al lado, hay una silueta de algo mucho más grande.
_ Había algo más apoyado al lado de la cigarrera_ deduje.
_ Es rectangular y de amplias proporciones. Algo así como una cartera...
_ Pero, sabemos que ninguna de las dos mujeres pudo haberlo hecho. Y no hubo una tercera en la escena.
_ Pudo ser un portafolios_ concluyó Riestra. _ El asesino lo apoyó en la mesa, cometió el crimen y se lo llevó otra vez.
Dortmund miró a Riestra con brillo en sus ojos. Mas, lo siguiente que hicimos fue a hablar con la señora Carina Riestra, la hermana de nuestro amigo.

_ ¿Por qué sospechaba que el señor Luro le era infiel, señora Riestra? _ le preguntó Dortmund, con amabilidad.
Carina Riestra miró al capitán con una mirada interrogativa y él asintió con un leve movimiento de cabeza.
_ Siempre llegaba tarde_ respondió ella. _ Me decía que ensayaba hasta tarde. Pero yo llamaba al teatro y me decían siempre que el ensayo había terminado hacía como dos horas. Permanentemente igual. Hasta que, revisando sus cosas, encontré esa pulsera de plata. Era la prueba que estaba buscando, lo que necesitaba para comprobar que se veía con alguien más.
_ Y por eso lo confrontó hoy a la mañana. Y oportunamente, llegó la señora Azcurra y creyó confirmar sus sospechas.
_ ¡Era mi amiga! No podía creerlo. Venía a ver a mi esposo todo el tiempo.
_ También era amiga tuya_ dijo el capitán.
_ ¡No la defiendas, Eugenio! Ella siempre venía a verlo a él, nunca vino por mí.
_ Lo cierto es, señora Riestra_ dijo Sean Dortmund, _ que ella no lo hizo. Al contrario, pensó que había sido usted cuando la encontró junto al cuerpo de su marido y se inculpó por el crimen para defenderla. Nunca tuvo nada con su esposo.
Carina Riestra se quedó sin aliento, mientras nos miraba a los tres perdidamente.
_ ¿No se te ocurrió pensar que la pulsera te la compró a vos? _ le preguntó el capitán Riestra a su hermana, con contundencia.
_ Él nunca me hacía esa clase de regalos_ declaró la mujer, compungida. Se puso de pie y palideció súbitamente. Luego, volvió a mirarnos con los ojos llenos de culpa.
_ Martina se culpó por mí... Y yo que la juzgué mal. ¡Es un ángel! No sé cómo disculparme con ella ahora por este malentendido.
_ No necesita hacerlo, señora Riestra_ dijo el inspector, complaciente.

_ Todo se reduce a un único sospechoso_ anunció el capitán Riestra, después de que terminámos de hablar con su hermana. _ Santiago Lutzack.
_ Es posible_ sentenció el inspector, poco convencido al respecto. _ Averigüémoslo. Pero el asesino creo que nunca vino de afuera. Se los explicaré oportunamente.
Hicimos llamar a Santiago Lutzack, que llegó en menos de diez minutos. Era un hombre de rostro atestado, corpulento y ademanes sutiles. Tendría en apariencia unos cincuenta años.
Cuando vimos lo que traía entre sus manos, nos quedamos petrificados. Era un portafolios. Y yo pensé para mis adentros que el trámite iba a resultar demasiado sencillo. Si la forma de su portafolios coincidía con la de la que estaba en la escena, el señor Lutzack no tendría escapatoria. Yo estaba gozando esta pequeña victoria para mis adentros anticipadamente con mucho orgullo y moría por oírlo confesar el asesinato del señor Luro.
_ ¿, Por qué visitó al señor Luro hoy por la mañana? _ preguntó inicialmente Dortmund.
_ Soy su médico de cabecera_ respondió el señor Lutzack, con mucha calma y sin titubear. _ Mejor dicho, era. Es tremendamente lamentable lo que le pasó.
Santiago Lutzack parecía sincero.
_ ¿Cuál fue el motivo de su consulta? _ prosiguió el inspector.
_ Un resfriado. Apenas le estaba agarrando, pero quería evitar que le afectara la garganta y me llamó para que le recetase algo para prevenirlo. Ése fue todo mi trabajo. Era tenor profesional y, por ende, un obsesivo con el cuidado de sus cuerdas vocales.
_ ¿Cuánto tiempo estuvo? _ intervino Riestra.
_ Cinco, diez minutos. No mucho más. Salí de acá y me fui para la clínica Versalles, donde trabajo como médico clínico. Puede preguntar si quiere. Estaba terminando mi turno cuando ustedes llamaron.
_ ¿Se cruzó con alguien cuando llegó o cuando se fue hoy a la mañana? _ indagó Dortmund.
_ No. Vine, hice mi trabajo y me retiré. No vi a nadie más.
_ Permítame el portafolios, si es tan amable, señor Lutzack. Se lo devolveré a la brevedad.

El médico receló, pero accedió a la demanda de mi amigo.
Sean Dortmund hizo la prueba pertinente comparando la forma del portafolios del señor Lutzack con la hallada en el escritorio de la víctima. Volvió en dos minutos, le devolvió la maleta a Santiago Lutzack y lo dejó ir.
_ El portafolios que apoyaron en la mesa del estudio del señor Luro era bastante más chico que el que el señor Lutzack traía consigo_ afirmó Dortmund.
_ ¿El portafolios de la escena tiene el tamaño de los que usan habitualmente los peritos? _ preguntó el capitán Riestra, relacionando los hechos lentamente en su cabeza.
_ ¡Tiene sentido! _ exclamé con vehemencia. _ Mas, si el asesino utilizó guantes para no dejar huellas.
_ Exacto, caballeros_ ponderó Sean Dortmund con admiración. _ El asesino llegó y esperó. Vio que el doctor Lutzack llegó y discretamente empleó un mecanismo para que la puerta quede abierta. Lutzack se retira, el asesino entra, se esconde y espera paciente. La señora Azcurra se va y un minuto y medio es todo lo que el asesino necesita para clavarle el punzón en la nuca al señor Abel Luro, guardar los guantes de nuevo en su portafolios y salir. Cuando abandona la casa, cierra la puerta de calle definitivamente y se va. Y vuelve junto con el equipo de Criminalística más tarde a hacer su trabajo. Y oportunamente, explora el terreno.
_ No tuvo tiempo de deshacerse de los guantes porque se notaría el faltante, lo investigarían y lo atraparían_ continuó el capitán Riestra con la deducción de los eventos. _ Es el protocolo. Todos los elementos están inventariados.
_ Así que, tuvo que pedir un par de guantes prestados_ seguí yo_ y los que utilizó para matar al señor Luro aún los conserva encima.
No tardamos en averiguar que el perito que buscábamos se llamaba Néstor Torre. Revisamos sus cosas y tenía un par de guantes adicionales usados. Intentó disuadirnos, pero cuando lo confrontamos con toda la evidencia en su contra, se vio acorralado y aceptó confesar a cambio de hacer un trato con el fiscal. Aceptamos.
_ Con mi esposa estábamos muy mal_ empezó el señor Torre con su confesión. _ Me costó horrores remarla y salvar la relación. Pero lo conseguí. Con esfuerzo y voluntad, lo conseguí. Le compré una pulsera como regalo de conciliación, que pensaba entregársela en el teatro. Saqué dos entradas para ir a ver El último canto del tenor, la ópera en la que cantaba Luro. A mi esposa, ese tipo de obras le fascinaban. Nos sentamos adelante de todo. Disfrutamos mucho. Le dije a mi esposa que tenía algo para ella, sin decirle qué.
<Cuando la función terminó, pedí permiso para acercarnos a los camarines y saludar al señor Luro. Después de eso, le daría la pulsera y todo sería perfecto.
Nos autorizaron a entrar al camarín a saludar al señor Abel Luro. Nos recibió gentilmente. Fue muy ameno durante el rato que compartimos con él. No habremos estado más de cinco minutos. Pero mi esposa estaba feliz de haberlo conocido.>
<Pensó que ésa era la sorpresa, pero le dije que había algo más. Cuando busqué en el bolsillo de mi sobretodo la pulsera, no estaba. Revisé los asientos y no se había caído ahí. Por ende, se me había caído en el camarín de Luro.>
<Le golpeé la puerta, me atendió, le planteé mi inquietud y me dijo que lo encontró. Pero que no iba a devolvérmelo. Pensé al principio que era una broma, pero nada de eso. Se apropió de mi pulsera. Discutimos fuertemente, me dijo que le quedaría mucho mejor a su mujer que a la mía, se rió de mí y me cerró la puerta en la cara. Mi esposa creyó que le mentí y me abandonó.> < ¡Todo lo que hice por nada! Estaba todo perfectamente bien, pero ése infeliz de Abel Luro tuvo que aprovecharse y arruinarme. ¿Quién se creía que era el imbécil ése para faltarme el respeto de esa manera? Tenía que hacerlo pagar. Salió del teatro y lo seguí en secreto para saber dónde vivía. El resto de la trama ya la conocen.>
_ ¿Por qué no se llevó la pulsera después de que lo mató? _ preguntó severamente, Riestra.
_ No sabía dónde la había guardado. Cuando volviese para hacer mi trabajo, la recuperaría discretamente, cosa que no hice, porque hay ojos por todos lados.

El capitán Riestra se llevó detenido al señor Néstor Torre y el juez exoneró a la señora Carina Riestra. Ella y Martina Azcurra se fundieron en un abrazo profundo. Y la señora Riestra no paraba de mirar al capitán y agradecerle por su invaluable ayuda en el caso y por creer en ella todo el tiempo. La escena era muy conmovedora y habíamos entendido sólo así que el último canto del tenor no resultó en vano, después de todo.

Escarti, Ainhoa

ainhoa@ainhoaescarti.es

Corazón a la velocidad de la luz

La primera vez que la vio, el corazón le palpitó tan rápido que durante unos segundos sintió el mundo girar a la velocidad de la luz. En los siguientes cinco minutos, escenas de cómo sería la primera vez que hablaran, de sus ojos al mirarse, su alta conversación en pos de la mejora del mundo, como acabarían alargando la conversación que no querrían acabar, las media sonrisas, los leves coqueteos sugeridos por el color de sus mejillas en aumento, sus pupilas brillando al mirarse, el primer beso, las primeras caricias. Pensó y pensó en el segundo y el tercer beso, en cómo serían capaces de acabar la frase el uno del otro…pero eso simplemente fueron los cinco minutos tras verla.

Logró respirar profundamente, sus ojos la siguieron concienzudamente a través del patio del recreo como si de su presa se tratara. En los siguientes días indagó sobre quién era, qué hacía y porque había tardado tanto en saber de su existencia. La obsesión fue creciendo e imposibilitando ningún tipo de acción ante el hecho de su relampagueante enamoramiento. Flechazo dirían algunos.

El mundo siguió girando. Ella prosiguió en el devenir de su existencia. Fue justo cuando empezaba el calor y el curso tocaba a su fin, cuando él al fin tuvo el coraje suficiente.

Sigilosamente se acercó a ella, le sonrió, y habló. Él se quedó helado, congelado, asqueado con el resonar chirriante de la voz de ella. Con un claro gesto de repugnancia, salió corriendo. Huyó de su corazón aún enamorado de un reflejo a la velocidad de la luz.

Bazán, Ana

Maipú (Mza) – Argentina
enc.adele@gmail.com

María sin ropa

A Santiago y sus amigos

Mi abuelo, volvía con su caballo marrón con paso cansino por una huella, buscando el camino hasta su casa, cercana la madrugada del último día del mes de febrero. Los cuernos de la luna alumbraban lo suficiente para ver y el silencio era interrumpido por las musicales herraduras del Rocino

sobre el pedregullo o el crujir del pasto seco que provocaba la intrépida huida de algún animalejo, al sentir que se acercaba el equino. Estando a media legua del camino mi abuelo escucha que alguien a lo lejos, que lo llama por su nombre.

Hombre alto y bien parecido. Su cabello oscuro y ondulado hacia su tez más blanca. Era fuerte pero no fornido, un hombre pacífico y que elegía bien a sus amigos. Oyendo esa voz, un frío funesto le recorrió la columna y le dejó encrespada la piel, pero la intriga se apoderó de él:

- ¡Oh! ¡Oh! ¡Parate Rocino, que no escucho! -Se dio vuelta con mucho valor y miró hacia atrás, de dónde provenía la voz, aunque solo, veía oscuridad.

- ¡Aurelio! ¡Aurelio! -Se oyó más cercana la voz a su espalda.

- ¡Quién llama! -Dijo mi abuelo con voz ronca y muy firme sin ver a nadie aún.

-Yo te busco -dijo la voz, que ya no venía de tan lejos, ni a su espalda, sino que ahora, estaba a su izquierda y abajo entre los yuyos, tan cerca que la poca claridad le permitía dibujar un rostro. Tremendo julepe se llevó al escuchar tan cerca esa voz; que provenía de una mujer y le hizo preguntarse rápidamente: ¿Qué había sucedido para que una mujer anduviera sola entre el pajonal? e inmediatamente paso las riendas del Rocino a su mano izquierda para con la derecha tomar el facón para defenderse de los malhechores.

- ¡No *saquis* el facón! -Dijo gritando rápidamente la mujer, enojada y levantando su mano abierta en forma de garra. -No voy a hacer nada, estoy sola. -Agregó en voz baja y gateando entre los yuyos se acercó a la orilla de la senda.

Era una mujer joven, de cabellos oscuros muy largos y abundantes, su voz era suave, de piernas y brazos delgados. Parecía fuerte, linda, él alcanzó a darse cuenta que no llevaba ropas y que se abrazaba a un manojo de pastos secos, para protegerse del frío recio y de su mirada.

- ¿Por qué me llamas mujer? -Le dijo, recobrando su postura, aunque mirando alrededor con sus ojos bien abiertos.

-Estaba con gente que creí amiga. Me asaltaron y quitaron la ropa que llevaba y me abandonaron a mi suerte. Ya no puedo caminar, tengo mucho frío.

- ¿Y qué querés de mí? -Preguntó, aún sorprendido, pero dándose cuenta de lo enferma que estaba la mujer.

-Quiero que no me mires la cara y me *prestis* el poncho y me *llevis* al boliche del Ramón. Que le *piday* prestado un caballo *pa´vos* y *quel* tuyo me lo *dis pa´mí.* Lo necesito ahora, *palcanzar* a la gente *queiba* conmigo y hacerlos pagar por esto.

-Yo no soy hombre de mezclarme en asuntos ajenos. -Dijo, él sosteniendo su mano sobre el facón. –Además, necesito el caballo y el poncho para trabajar.

- ¡No busco tu ayuda! *Pa´eso*, me basto yo sola. Pero tengo que agarrarlos *dia* uno. Yo puedo con ellos. ¡*Savís*, conozco a tu familia y se *diande* vivís! Si quisiera hacerles daño ya lo habría hecho.

- ¿Entonces no te hago falta? -Repitió el abuelo.

-Vos hace lo que te pido y nadita les va ocurrir, no quiero nada *dese* bicho del Ramón. Si te quiere cobrar, *decile quis, pa* la María Benita. ¡Pero no repitas a *naides*, mi nombre! Vas a *vir* como se frunce y te da el mejor caballo que tenga, *pa ´que lleguis* a tiempo al rancho y la Rosa no te *regañee*.

- ¡Cómo sabes quién es la Rosa! -Le respondió él, apretando bien fuerte las riendas antes de salir al galope de allí.

- ¡*Ti* dicho que *ti* conozco hombre y a tu familia! *Soi güeno*, Aurelio. Tengo que alcanzar a mi gente, que solo me llevan de ventaja un día y con lo que queda de la noche, los puedo atrapar y te prometo que nunca más, sabrás de mí.

- ¡Mentiras! ¡Nadie puede hacer lo que vos decís mujer! No quiero nada del Ramón, quiero mi caballo. Toma, te doy el poncho, *pa 'que* no te mueras de frío.

- ¿*Naides* puede? -Le preguntó ella. - Si lo *asis* como *ti* digo, e juro que antes de mañana, te lo *deguelvo* a los dos, y cuando te *levatis*, el Rocino *vastar atau* al palenque y tu poncho *colgau* del portón.

Mi abuelo se dio cuenta con quien hablaba y la llevo en ancas de su caballo hasta el boliche. Sin mirar su rostro. Al llegar allí, ella dijo sentenciante:

- ¡Solo a tus nietos, vas a *podir* decirles mi nombre y a *naides* más! -Y salió al galope ocultándose en las sombras de la oscuridad. El pulpero, ni bien supo quién lo enviaba, agachó la cabeza murmurando:
- ¡Bruja loca, en que andará ahora!

Le dio un poncho y el mejor caballo que tenía y agregó, apoyando su mano en el hombro de mi tata, que no la siguiera, seguro que le devolvería todo y que no la buscara nunca, porque seguro le traería problemas.

Cuando él llegó a su rancho el caballo prestado, solito volvió por donde mismo, rumbo al bolichón, en tanto él, se quedó parado frente al portón, no podía salir de su asombro y miraba a su alrededor, por las dudas. El Rocino había vuelto y estaba frío, como si no hubiera corrido ni un tranco y atado al palenque, mientras el día afilaba las agujas del reloj.

Como esperando algo más, mi abuelo, continuó revisando la casa y encontró todo tranquilo, recién entonces, se fue a dormir.

Cuando la mañana aclaraba sus pupilas, luego de cantar la primera vez el gallo, se escucharon tres golpes en la puerta de la habitación. El abuelo se levantó rápidamente y al abrir, no había nadie, solo alcanzó a ver que su poncho, colgaba del portón.

García Ventureyra, Julio
Bahía Blanca – Argentina
juliogarciaven@hotmail.com

La urdimbre de satanás

"... se manifestó el hijo de Dios:
para destruir las obras del diablo".
1·Juan 3:8

¡Maldita sea...! ¡Una y mil veces la maldigo... sin cansarme de hacerlo!

¡Es tan grande el odio que siento por ella!

¿Por qué?

Por haberme robado a mi papá. ¡Viejo tonto que se dejó convencer!

¿Por qué?

Por anhelar los bienes que me corresponden y... algo más, por ser frívola y soberbia conmigo. Son motivos por demás suficientes para lo que hice.

¡Tantas veces la maté!

Con la pistola de un disparo certero al corazón; cuando la empujé por aquella escalera interminable y rodó hasta el final; o el día que estando desprevenida provoqué su caída desde la terraza de aquel alto edificio, donde con un grito se perdió en el vacío.

¡Qué placer intenso!

Pero será superior ahora que estos sueños están a un paso de convertirse en realidad, y pocas horas faltan para ello.

¡Mamá querida! Tuviste que abandonarme... Irte para siempre cuando más te necesitaba, por culpa de esa cruel enfermedad. Papá después se sintió desconsolado y quiso reemplazarte casándose con esta intrusa que nada significa comparándola con vos.

¡Si supieras que te estoy necesitando más que nunca!

¡Éramos buenas amigas! Podía confiar a ciegas en tus consejos.

Haberte perdido siendo adolescente es un dolor difícil de llevar.

Las cosas que tendría que decirte... ¿Te acordás de Ricardo, aquel flaco simpático que te quería cuando íbamos al secundario?

Es mi novio desde hace tiempo, y también está en el plan para vengarte. Sí... juntos preparamos la trampa para eliminarla mortalmente... ¡y lo hicimos para que nada falle!

Ricardo -- a quien para convencerlo tuve que amenazar con dejar de tener relaciones y romper-- fue quien estableció el día que tendríamos el encuentro con aquel siniestro personaje que prefiero no recordar, ni volver a ver en mi vida; y por la suma que le di, se dispuso llevar a cabo el "trabajo". Sí, se comprometió para hacerlo rápido, fulminante. Apostándose en una terraza y esperándola llegar. ¡Por fin!

¡Terminar de una buena vez con esa mujer!

Un áspero sonido la sacó de sus profundas cavilaciones en la penumbra del departamento. Recordó entonces que Luisa había quedado en venir a buscarla esa tarde.

Le dijo por el contestador que bajaba; aferró una campera que estaba sobre un sillón, y pronto estuvo en la calle subiendo en el automóvil de su amiga.

Cuando llegaron a un gran descampado, una verdadera multitud escuchaba al predicador. A Luisa le habían recomendado la presencia del orador en la ciudad; era la palabra de Jesús para Argentina, y movida por la curiosidad le pidió a Gabriela que la acompañara.

-- Dijo Jesús: "Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos"

Mateo 18:20-- leyó el predicador en la Biblia, y agregó: -- Y donde hubo guerra que haya paz, donde hubo odio que haya amor...

Gabriela comenzó a sentirse extraña en medio de la muchedumbre que aclamaba a Cristo, oía las prédicas y entonaba alabanzas.

¿Acaso... se advertía una presencia especial inundando el lugar? ¿Qué era realmente lo que le estaba sucediendo? No le dio importancia, tal vez no sería más que alguna sugestión o emoción momentánea.

¡Nadie de este mundo podría cambiar sus planes! ¡Absolutamente nadie!

Cuando se fueron del lugar y mientras el auto andaba, no podía dejar de oír uno de los cánticos que había quedado dentro suyo. Era una hermosa melodía... y esa frase: "Donde hubo odio que haya amor", también seguía escuchándola.

-- ¿Qué te sucede? --le preguntó Luisa que manejaba. -- ¿Te quedaste callada? ¿No te sentís bien?

Gabriela se esforzaba por disimular, pero al no lograr contenerse estalló en sollozos.

Luisa se sorprendió al verla, advirtiendo que algo raro le sucedía a su íntima amiga. Estacionó el vehículo en la misma avenida por la que circulaban, y atónita, escuchó la historia que entre llantos le relató su amiga que ya no soportaba su lucha interior.

-- ¡Es un tremendo disparate! -- estalló Luisa al oír la confesión. -- ¿Tanto pudo cegarte el odio para maquinar algo así? ¿Te das cuenta? ¿Querer eliminar a un ser humano porque no nos cae bien? ¿Matar...? ¿Hasta dónde llega la maldad? ¡Podría ser tu madre... o la mía!

Gabriela continuaba sintiéndose muy mal.

-- No sé si los milagros existen...-- siguió Luisa. -- Pero sí estoy convencida que Dios te puso su mano para que me lo hayas relatado y hasta puedas arrepentirte; no podemos perder ni un instante, hay una vida por medio que salvar... una preciosa vida como lo son para nuestro Creador. ¡Vamos...ya mismo! ¡Si es que todavía logramos llegar a tiempo!

El auto partió veloz en una vertiginosa carrera contra el demonio.

Cuando llegaron y descendieron, corrieron sin cesar por la soleada playa de estacionamiento; por la calle entre la gente, y cruzaron la avenida hasta llegar a un edificio horizontal.

Un ascensor estaba en los pisos altos, el otro no funcionaba; subieron a un tercero más pequeño. Ascendía con una lentitud que parecía querer burlarse de la ansiedad que sentían.

Por fin, llegó.

Una puerta de madera daba a una larga galería de vidrio que siguieron tan apresuradas que Gabriela tropezó, cayendo.

Luisa le extendió su mano, y una vez que se hubo levantado la mantuvo aferrada de ella mientras corrían.

Desembocaron a una terraza desierta.

Miraron hacia distintos lados.

En uno de sus ángulos, un hombre se aprestaba a preparar un arma de largo alcance. Desde este sitio se vislumbraban perfectamente los fondos de la casa del padre de Gabriela.

-- ¡Eh... usted, oiga! -- le gritó Gabriela con desesperación.

El hombre asustado, inmediatamente trató de esconder el arma.

-- ¡Los planes han cambiado, no tiene que matar a nadie! -- siguió Gabriela. -- ¡Váyase...! ¡Váyase!

Al recordarla, no pronunció palabra, guardó el arma, y desapareció rápidamente. Luisa y Gabriela suspiraron con alivio.

-- Querido... estuvo tu hija. Es amorosa... me abrazó fuerte, y estaba como emocionada... hacía tiempo que no la notaba así. Mañana salimos juntas a tomar el té y hacer algunas compras... ¡Y pensar que vos creías que no me quería...!

-- ¡La nena! -- sonrió orgulloso a su esposa el padre de Gabriela que recién llegaba a la casa.

-- ¡Cuántas veces juzgamos mal a las personas premeditadamente y sin motivos; pero yo...

siempre supe que tiene un corazón de oro, por algo es hija mía!

Scaglione, Héctor

Mar del Plata – Argentina

scaglionehe@gmail.com

Un buque al atardecer

En medio del mar, al atardecer, sin amarras que le limiten movimientos, un buque flota en libertad sobre las aguas.

En las entrañas de ese acotado universo, vidas y bienes conviven. Late la vida en su interior.

Al acortar distancias hacia las lejanías comienza la aventura y llega a destino. Es su trabajo y razón de ser.

Con el perfume del amor que quedó en tierra, seguido por la estela que dejará su popa, pone rumbo a las aguas profundas, formando camino al navegar hasta perderse tras el horizonte.

Los toques de sirena que emite cuando se aleja suenan apagados, traslucen tristeza, dejos de nostalgia.

Ahora la inmensidad marina, sin calles ni señales, lo acoge en su seno. Es el misterio a descubrir y el arte de navegar guiado por los astros. Día a día el avance en ruta se manifiesta en las cartas náuticas, que marcan los cambios geográficos y los vuelca al libro de bitácora.

En medio de la nada el sol avanza o va quedando atrás, el sextante que ayuda a trazar el rumbo, es el testigo fiel ante sus habitantes.

Durante las travesías y en cada entrada o salida de puerto, las esperas de quien no está como la de quien queda, intentan atenuarse, pero la nostalgia omnipresente ejerce una pulsión afectiva que se volcará en las cartas de amor, narrando el transcurrir de la vida, los hijos, los afectos, lugares comunes con vivencias rememoradas, leídas y releídas una y otra vez.

Al cabo de un tiempo ante la dulce espera del próximo regreso, los sueños renacerán.

Al arribar a puerto, ante la proximidad del reencuentro con el amor, los toques que emite ahora son estridentes, suenan alegres, transmiten el preludio del goce por venir.

Las distancias ya no existen, se desvanecen, engrosarán sí las páginas de lo vivido y de las ausencias. Abrazos, copas que entrechocan, risas, placer con gusto a mar que se derrama sin límites.

Arnedillo Vera, Mónica

San Rafael (Mza) – Argentina

monicaarnedillovera@gmail.com

El trapo de piso

Ya hacía tiempo que el malestar había nacido en su cuerpo, y a medida que pasaban los días se acentuaba cada vez más. Había recurrido a los médicos, quienes le hicieron toda clase de análisis y radiografías. Ya no quedaba parte de sus órganos, huesos y piel por investigar. Siempre recibía las mismas respuestas: *"Usted no tiene nada". "Está completamente sano". "Su salud es envidiable".* Todos los eruditos de la salud humana a quienes había consultado, coincidían. Sin embargo, ¡él seguía de mal en peor! No sabía cuánto tiempo resistiría así. Las náuseas eran permanentes y le provocaban arcadas por las que debía dirigirse cada cinco minutos al baño para vomitar, pero nada. Sólo quedaba en la mueca. Varias veces lo tuvieron que auxiliar en la calle o en la oficina porque los mareos lo hacían perder el equilibrio. *"¿Cuándo terminará esto? ¿Cuándo voy a saber qué pasa conmigo?",* se repetía con angustia una y otra vez. Al principio, sólo sentía una molestia en el pecho y en el estómago, lo que poco a poco se fue convirtiendo en calambres insoportables obligándolo a doblarse para aliviar la sensación de desgarro.

Sabiendo que en esos días la luz se cortaba seguido, no esperó por el ascensor. Temió quedarse varado entre dos salidas. Comenzó a subir la escalera que lo llevaba al séptimo piso y, si la suerte lo

acompañaba, podría coincidir con el elevador. Ascender por los peldaños era un gran sacrificio para él, puesto que cada movimiento realizado revolucionaba y despertaba al dolor. Llegando al tercer piso, la puerta del ascensor se abrió para dejar salir a la única pasajera. Apuró el paso lo más que pudo para alcanzarlo y rogó internamente que no se detuviese en el transcurso del viaje. No quería esperar un segundo más. Deseaba llegar a su departamento, estar tranquilo e inmóvil. No almorzaría. Sólo tomaría té y se recostaría. Presionó el botón del séptimo piso y se apoyó en una de las paredes espejadas. Frente a él, el espejo le devolvió aquella imagen patética. Sus ojos celestes rodeados de un color violáceo, las ojeras profundas y los pómulos salientes evidenciaban una debilidad extrema. Un zombi hubiese tenido mejor aspecto. La piel amarillenta y la figura demacrada casi fantasmal, le trajo a la memoria los retratos de Modigliani. Recordó el último kilaje de la mañana. ¡Había bajado ocho kilos en menos de un mes! *"Ya esto es demasiado… no me reconozco… quién soy… me estoy muriendo… lo sé…"* El viaje interminable y agobiante, llegó a su fin. Se abrió la puerta, salió despacio porque sus fuerzas no le permitían mucha movilidad e inició un pesado desplazamiento por el pasillo que se extendía como un largo y oscuro túnel con bifurcaciones. Estaba tan mareado que sintió temor de perderse entre aquel laberinto con puertas. Su puerta por fin se vislumbró como el portal de la salvación. Buscó las llaves y experimentó una confortable seguridad al entrar al departamento y encontrarse con el living en penumbras. Apenas un pequeño rayo de luz otoñal se filtraba entre las cortinas. Como siempre hacía, liberó a su cuello de aquella elegante corbata que lo ahorcaba y la tiró sobre el sofá, junto con el saco y se fue a la cocina. Prendió la luz y el blanco de los cerámicos lo encandiló por un momento. Todo era perfectamente pulcro. Respiró y suspiró con cierto alivio. Ya estaba más seguro.

Con más ánimo fue hacia la mesada, puso agua a calentar en un jarro, tomó una taza e introdujo un saquito de té digestivo. Tuvo que esperar un momento hasta que sintió bullir el agua y enseguida cerró el gas. Cuando se disponía a volcar el agua, una puntada le golpeó la cintura. Algo le subía por el pecho. Era como una braza ácida que lo quemaba a medida que se deslizaba. Se agachó aún más e intentó caminar hacia la habitación para tenderse sobre la cama, pero las piernas no le respondieron. Nuevamente hizo el intento, pero perdió fuerzas y cayó de rodillas. Apoyó la cabeza en el piso y se dejó estar… todo giraba en una nebuloso y algo… algo extraño en su interior se debatía por salir y dolía… oh, sí… sí que dolía en lo más profundo. Sentía. Oía. Gritaba y no quería más… no… "*¿Por qué hijito… por qué le hiciste esto a mamá? Yo te cuido, te alimento, te… ¡Sos un monstruo! ¡Sí… yo, tu hermano, te lo digo y grito: sos un monstruo! ¿Y papá? ¡PAPÁ! Papá no ha muerto, ¿verdad? ¡No ha muerto! ¡No! ¡No, no, no, no… no…! ¿Se fue? ¡Vos tenés la culpa… si no hubieses sido tan rebelde… ¡Levántese alumno y venga al frente! Se lo advierto por última vez… ¡Obedezca! Siempre será un fracasado… su hermano sí que era inteligente… Si no tenés, sos un perdedor… dale… no seás cobarde… qué importa quién queda en el camino… lo importante, es ser alguien… te di todo… te di mi vida y así me pagás… sos una porquería…"*

Su voz era apenas un leve gemido, semejando el llanto de un niño. Le vino una arcada y la lengua salió para dejar paso a una sustancia ácida y marrón. Su cuerpo temblaba, se retorcía, agonizaba. El sudor corría por su rostro y la camisa se humedecía. El frío se apoderaba de él. Jadeaba. Se ahogaba. Como si una descarga eléctrica lo hubiese golpeado, su cuerpo se levantó unos centímetros del piso y fue a caer contra la pared. Sus facciones desencajadas. Los ojos desorbitados buscaban una respuesta a todo aquello. Otra arcada y, sobre la base de la lengua, deslizándose una esencia gelatinosa y violácea fue desparramándose sobre el blanco piso. Logró incorporarse y se inclinó un poco hacia adelante. Los dolores cesaron de golpe. Otra arcada y la boca, se abrió. Formas misteriosas arañaban su garganta. Algo negro iba saliendo… saliendo… su mano lo toca: es áspero y mojado. Comienza a sacarlo y descubre que es pelo. Escupe. Sobre las níveas cerámicas se estrellas coágulos de sangre. Se ahoga cada vez más. Hay algo que está allí y no lo deja respirar. Mete los dedos y ayuda tomando con el índice y el pulgar. Es frío, blando, carnoso, grasoso. A sus fosas nasales llega un hedor a descomposición. Tira de aquello hacia afuera y una tripa sale imitando los movimientos de una culebra. La transparencia deja ver venosidades. Sigue tirando… sigue saliendo… más pelo, más bilis, más asco, más dolor… dolor… dolor… Poco a poco, a toda esa masa viscosa que se debate en el piso, se le une una pasta verdosa, especie de pasto licuado. Expulsa constantemente flemas con algunos hilos de sangre. El final se acerca y rompe en un llanto

incontenible… sus lágrimas y mucosidad se unen al pantano de aquellas miserias hasta que ya no da más. Se va calmando… entre estertores se va calmando… Respira hondo. Ya no hay más adentro… lo presiente. Sí… ya no hay más… ya no está más ÉL adentro. Sólo le queda un gusto ácido, un hedor fétido y la superficie viscosa que se confunde entre sí. Los músculos del cuello se le van aflojando y la boca se relaja. No entiende… no comprende nada, pero no importa. Él se sabe mejor: vacío… vacío… más liviano.

Se incorpora y ve toda aquella inmundicia. Como puede va hacia el baño, prende la luz y, al mirarse en el espejo, nota que sus ojos de siempre están allí: sin ojera, con brillo, con vida, el celeste y el banco son puros. También el rosado y la calidez de la piel. Con movimientos cansinos (porque toda su vida confluyó en alfa), se enjuagó la boca y cepilló los dientes. El sabor a menta fresca y la suavidad de la pasta dentífrica lo renuevan aún más. Siente que el aroma y el gusto le abren el camino al aire. ¿No es hermoso sentir el placer de estar vivo? ¿Sentir la vida? La respiración vuelve a su ritmo normal… el agua acaricia su nuca, su rostro… lo limpia… lo limpia… lo limpia… *Piensa en la cocina y lo que hay allí. Tiene que sacarlo y no le importa qué fue. Qué es. Él se siente bien y eso es lo importante. Se duchará primero. Sí… mejor se ducha. Aunque no… mejor no… limpiará primero sus despojos. Tal vez después salga y se vaya por ahí para despejarse o busque a alguien para contarle y buscar respuestas: un amigo, un doctor, alguien. Aunque ya verá… ya verá…*

Dejó que el agua siguiera por unos minutos más acariciando su nuca y se incorporó. Las gotas resbalaban por su cuerpo aún con leve agitación. Buscó el balde rojo y lo llenó con agua y líquido desinfectante. En la otra mano, el trapo de piso. Salió y, contra el marco de la puerta de la cocina, apoyó su cuerpo. Ante sí, brillaba un piso de baldosas blancas con un jarro tirado y el agua para el té digestivo, desparramada.

E N S A Y O S (para pensar…)

González, Silvia
Camargo – México
chivitagon35@hotmail.com

Buscadores de la verdad

De pequeña vi sufrir demasiado a gente de mi alrededor, algo en mi interior me decía que ese sufrimiento no llegaba del cielo y que era nuestra responsabilidad. A lo largo de mi vida he ido develando muchos de estos misterios, en este texto le compartiré que descubrí que la libertad existe solo hasta cierta medida.

La libertad de nosotros los seres humanos es una gran ilusión puesto que ni siquiera somos libres de decidir no crecer o no morir, sin embargo, por este sueño de autonomía se forman guerras, pueblos, teorías, religiones, economías, las que, enfundadas con la bandera de darle libre albedrío al ser humano, lo vuelven de nuevo, tristemente, esclavo.

Una vida sexual libre, por ejemplo, fue el gran sueño occidental de libertad del siglo XX, en esos tiempos, nuestros abuelos se casaban para tener sexo; la siguiente generación (la mía) sexualizó sin casarse, pero con mucho miedo; la penúltima con condón, y creo vamos en la cópula alcoholizada.

El caso es que cada vez que se adquiere una libertad se pierde otra, cosa que el buen Segismundo Freud nunca imaginó en sus profundos estudios de la sique humana donde, según él, la mayoría de las enfermedades mentales obedecían a los deseos sexuales reprimidos, y nosotros, cien años después sabemos que no es así, y que si en Estados Unidos les gustan las mujeres destapadas y en Arabia bien

tapadas nada tiene que ver con la felicidad del individuo puesto que ni los americanos son la sociedad más feliz del planeta ni los musulmanes pueden presumir de plenos y realizados.
Lo mismo sucedió con la política, ahora sabemos que el capitalismo no es lo mejor, el comunismo no es lo peor y las dictaduras son necesarias cuando un pueblo no tiene madurez para gobernarse como sucede en algunos países. Y tantas muertes y revoluciones que se hicieron persiguiendo la libertad de elegir quien nos gobierne.

Pero para hablar de libertad no tenemos que mencionar los movimientos revolucionarios, surgidos del deseo de liberarnos del yugo del otro, sino de nuestras comunes vidas, por eso me pregunto: ¿de qué eran presos nuestros abuelos? Ellos lo eran de la obediencia paterna, del miedo al pecado sexual, del cumplimiento de la religión y las reglas sociales. Y ahora: ¿De qué somos presos nosotros? ya no lo somos de la obediencia a los patriarcas pues les hablamos de tu, sabemos que el sexo no es pecado, y no nos iremos al infierno si no cumplimos con una religión, pero somos cautivos en otra forma, por ejemplo, hoy que nuestros padres nos dejan decidir qué hacer con nuestras vidas somos presos de las marcas, el consumismo y la opinión tajante de los Medios, en cuanto a la sexualidad pronto nuestros hijos serán libres de escoger ser hombre o mujer (así como van las cosas) y en cuestiones religiosas andaremos a la deriva hasta encontrar una religión que nos dé mejor respuesta a las angustias de la existencia.

Querido lector, la civilización nos muestra que la libertad es un sueño, como lo dije al principio nadie decide hacerse viejo porque eso lo hace la naturaleza, nuestro verdadero dueño. Parece ser que la libertad es un sueño, una necesidad, un deseo que surge tras el que ya está satisfecho. Como dijo un conocido escritor "la libertad es una sensación y puede alcanzarse encerrado en una jaula". Hoy tenemos nuevos esclavizadores como son los Medios a sabiendas de que el amor, la política y la sexualidad influenciada por la televisión no son ciertos. Lo peor es que tenemos más esclavos que en el tiempo de las plantaciones, pero ahora por el consumo de drogas.

Indiscutiblemente la libertad del ser humano es su voluntad para tener una vida digna, independientemente de las circunstancias, el país, la moda sexual, la política y todo el contexto en los que nos toca pasar por esta linda Tierra. Y yo sigo en busca de la verdad.

NAMASTE

www.silviagonzalez.com.mx

Ramos Maldonado, Antonio

Barranquilla – Colombia

antoramosm@hotmail.com

El mal nunca muere

Así no se profanara la tumba de faraón, así no se resucitara a ningún muerto, el mal acosaría a fin de encontrar una abertura por donde colarse y ocasionar una guerra, una mortandad.

Al mal se lo puede debilitar negándole su alimento, la sangre; se lo puede reducir a una expresión mínima que lo inmovilizara por un tiempo; que no tuviese fuerza suficiente para ponerse de pie y armar un ejército. Se lo puede derrotar en la guerra, pero no se le puede dar muerte de manera definitiva.

Se dice que puede durar muchos años bajo tierra, inmóvil, tomándose su tiempo, esperando; él sabe que es superior al hombre; sabe que cuenta con muchos recursos conque engañar al hombre; sabe que

el hombre es fuerte mientras él se halle bajo tierra; sabe que en cuanto él ponga su mano sobre el hombre, éste se reducirá a polvo.

Es como si esperara que el hombre se tomara confianza, que lo creyera muerto. Y si el hombre se hace fuerte, él no dejará de lanzar sus dardos, como si pescara al hombre con dardos. Un dardo bien apuntado podría dar en el blanco, en un momento en que el hombre se olvidara de su compromiso, se olvidara por un segundo, y dejara una hendidura, un orificio, por donde entrase la flecha envenenada. Con el solo hecho de pasar la flecha a los espacios donde se mueve el hombre, es suficiente para que éste se vea atado de pies y manos, sintiendo que el mundo se le viene encima, que no hay forma de escapar, que puede claudicar de la peor manera al ofrecer sangre al mal. Porque para entonces lo más importante no sería ganar la guerra, sino que no hubiese más guerras.

NOTAS PERIODÍSTICAS

Braum, Eva

Cdad A. de Buenos Aires – Argentina
evabraum@live.com.ar

Muestra retrospectiva del Pintor Argentino Carlos Alonso.

Una porción de Vacío

Tras de la remodelación llevada a cabo en las instalaciones del Museo Nacional de Bellas Artes, sus puertas fueron abiertas con varias propuestas, entre ellas, la inauguración de la nueva sala de arte prehistórico, con estadía permanente. Mientras que, en el pabellón de exposiciones temporarias alojará hasta el 14 de julio la muestra: Pintura y Memoria de Carlos Alonso.

El ambiente artístico celebró, con gran entusiasmo, la gestión del museo para difundir la obra de un pintor con gran renombre a nivel mundial y local. Cabe destacar que el año pasado fue distinguido con el "Premio a la Trayectoria" otorgado por el Salón Nacional de Artes Visuales del país.

Este artista, de nacimiento mendocino y por adopción cordobés, ante todo es argentino. Impronta posible de hallar en todas sus obras, pese a que algunas de ellas fueron concebidas en el exilio o para encargos extranjeros, tal es el caso de las ilustraciones para La Divina Comedia.

La muestra, presentada en Bellas Artes, cuenta con dos ejes propuestos por los curadores María Florencia Galesio y Pablo De Monte. Uno, denominado "Pintura y tradición"; el otro, "Realidad y memoria". Esta divisibilidad nos ayuda a recorrer la muestra sin experimentar la sensación de un gran vacío existencial.

A su vez, la destreza del autor se ve reflejada en la atmósfera creada para lograr la conexión del espectador con la obra, una soledad en la cual dialogan en silencio y se miran a los ojos (obra y visitante). La comunión allí producida es el puntapié para una extensa y elaborada charla.

Si un rasgo es necesario establecer entre las obras del autor, podemos destacar la facilidad que posee para lograr la interpelación de sus personajes para con los espectadores. Al enfrentarnos a cualquiera de sus producciones, ya sean de vieja data o actual, con todas ellas podremos mantener una conversación fluida.

Alonso no solo muestra expresividad en la composición de los personajes, también lo hace con el diseño y aplicación de los materiales incorporados a la creación. Y también, con el manejo del trazo de la línea y el empleo de la paleta, tanto en lo que respecta a las tonalidades de los colores utilizados como en la elección de la pincelada.

Quizás la primera impresión respecto de las obras nos lleve a pensar en una composición despreocupada y hasta azarosa, pero ello muy lejos está de la realidad. Las pinturas logran llegar a tal libertad expresiva gracias a la gran ductilidad y disciplina del artista.

De esta forma, la muestra en cuestión nos permite hacer un breve, aunque suculento, transitar por las diferentes etapas del expositor: descubrir su evolución y su reinterpretación según pasan los años y el desarrollo de la sociedad.

Con el fin de comprender en profundidad el guion curatorial, es imprescindible destacar la tendencia del creador por el trabajo en serie. Pese a ello, no solo se limita a la reproducción continua de un tema y sus variables, sino que también propone dicha repetición en diferentes intervalos temporales.

El recorrido de la sala es tan fluido como el trazo del artista, el orden y el desorden conviven en perfecta armonía: ambos saben de su dependencia con el otro. El primer acercamiento al pabellón puede resultar avasallador y hasta desconcertante, pocos minutos después, el libre fluir es la emoción dominante.

Eje 1: Pintura y Tradición

Las obras agrupadas bajo esta denominación, otorgada por los curadores, están relacionadas con las bases del artista. Entre ellas, se encuentran referencias a pintores famosos, ya sea a través de la reinterpretación de sus obras o retratos como los pertenecientes a Lino E. Spilimbergo, quien fue uno de sus maestros y a quien le dedica una serie de representaciones bastante polémicas, causantes de la expulsión de Alonso del partido comunista.

El regente de esta agrupación política y sus seguidores, consideraron las pinturas una falta de respeto para con una figura pública como Spilimbergo y a su vez, manifestaban la desalineación de estas producciones con lo que el régimen pretendía de la cultura y sus expresiones.

Sin embargo, al ahondar en dichas representaciones, comprendemos el mensaje de Alonso y descubrimos que era él quien imploraba el respecto por su maestro, quien, por aquellos años, solo esperaba el fin de sus días, devenido en un ser paciente establecido en la tierra de Unquillo, solo con la compañía de un perro y vendando eczemas que no sanaban.

Lo novedoso de estas composiciones radica en la incorporación de género para hacer hincapié en ciertos elementos esenciales en la narración pictórica. Este recurso también es empleado en el retrato de Van Gogh.

Todo lo resignificado por el artista no debe tomarse como una copia, sino como el producto de un repensar del mundo actual. Característica sumamente ligada a la intelectualidad del pintor quien busca constantemente la multiplicidad de disciplinas relacionadas.

Las interacciones no solo serán con pares del campo plástico, como ocurre con la obra sin *pan y con trabajo*, en referencia a la tradicional obra *Sin pan y sin trabajo* perteneciente a Ernesto de la Cárcova.

También se pueden encontrar relaciones interdisciplinarias, por ejemplo: “Casa Tomada” de denominación homónima con el título del cuento de Julio Cortázar, pictóricamente refiere a *El dormitorio en Arlés* de Vicent Van Gogh.

Esta “manía” por la cita en sus obras, dirían algunos, nos acerca otro conjunto de pinturas en las que menciona el acontecimiento de la muerte de Ernesto Che Guevara. En estas producciones veremos creaciones conectadas estéticamente con obras del pasado, como la *lección de anatomía* de Rembrandt, rememorada y usada para contar un tema político.

La obra en cuestión fusiona el tema político en boga por los años setenta con una pintura de la cultura clásica y logra el impacto por intermedio de la seguridad adquirida de la estructura pictórica. En esta oportunidad el espectador puede permitirse reflexionar respecto de cuestiones abstractas sugeridas en la composición.

Como anécdota de la obra cabe mencionar su locación era la casa de Paloma Alonso, hija del pintor, y desapareció junto con ella en manos de las acciones de la dictadura militar a principios de 1977.

Años después, el cuadro apareció, se recuperó y llegó a manos de la hija del Che. Sin embargo, Paloma jamás volvió a ver a su padre y esto también se ve representado en el telón de fondo de varias pinturas.

Eje 2: Realidad y Memoria

Esta segunda vertiente busca agrupar obras con un grado de crudeza un poco mayor a lo anteriormente citado. En estas creaciones, la memoria y la realidad comparten mesa y mantienen una charla amable, aunque áspera.

El elemento por excelencia presentado y trabajado por el pintor es *la carne* con todas sus acepciones. No solo cita a la res como material de estudio, sino también a la carne humana, su tratamiento y la relación dependiente entre ellas.

Las series son varias, los temas difieren, pero el centro de atención está en el binomio: la relación de la carne de res con la carne humana y nuevamente los Inter textos surgen. En el exilio, Alonso gana un concurso para ilustrar la segunda parte del Quijote, y a regresar a Buenos Aires, editoriales locales le encargan las ilustraciones del Martin Fierro y del Matadero de Esteban Echeverria.

Este último texto, bien puede acercarse a conversar con muchas de las obras posteriormente desarrolladas por el artista. Sobre todo, con el conjunto "lo ganado y lo perdido": estos lienzos representan la relación del poder, los actores sociales, los políticos y todo el folclore que esto conlleva. También, refiere a la interacción de esos actores con la sociedad argentina, en la cual el asado del domingo es cuestión de tradición.

Las sesenta obras de caballete integrantes de la muestra son acompañadas por una instalación. Vale destacar el adjetivo de *obras de caballete,* puesto que es algo importante para comprender la composición del acervo. Por los años sesenta y setenta, época de gran producción del artista, la tendencia estaba focalizada en migrar a nuevas expresiones artísticas y se creía muerta la pintura tradicional, Alonso sigue apostando a ella y produce sin importar para dónde vire la corriente.

Sin embargo, el artista siente curiosidad por esta nueva tendencia y prepara una instalación. Lamentablemente no fue posible exponerla por aquellos tiempos, pero hoy después de más de cuarenta años tenemos el placer de recorrerla.

La instalación *Manos Anónimas* (recientemente incorporada a la colección del Museo Nacional de Bellas Artes Argentina), había sido pensada para la muestra "Imagen del Hombre Actual" suspendida a consecuencia del comienzo del golpe de Estado de 1976. Al verla, nos impacta descubrir tanto silencio lleno de palabras.

Lo asombroso del caso, es la claridad de expresión contenida por la instalación creada antes de los sucesos de público conocimiento. Hoy la vemos como una obra actual, producto de una memoria vigente, quizás por eso antes no había sido posible mostrarla.

Un detalle: todos los personajes de Alonso a lo largo de su producción, nos miran a los ojos mientras conversamos, se expresan con crudeza, pero sosteniendo la mirada. Hasta en *los descarados* los rostros se reflejan en el vidrio de la mesa. Solo en Manos Anónimas nadie nos mira, nadie cruza miradas con nosotros ¿tanto vacío tendrán?

Braum, Eva

Cdad A. de Buenos Aires
evabraum@live.com.ar

Recomendación Teatral

No fue un domingo desolado

Si a datos duros me remito, el primer día de la semana cuenta con la mayor cantidad de caso de suicidios, tanto es así que se ha llegado a denominar un síndrome con su nombre: "El síndrome de Domingo".

Para muchos este día de la semana es el más esperado, en él las obligaciones quedan de lado y el disfrute de actividades fuera de la rutina se abren paso sin oposición. Aprovechan el día para actividades diversas como el descanso absoluto o la típica comida en familia.

A pesar de ello, otros tantos seres humanos detestan este día por encontrarlo vacío. Como si fuese un piquete en su semana y un obstáculo para continuar con una rutina segura en la cual los problemas existenciales quedan relegados y opacados.

Durante los domingos de junio la institución EMAD quien dicta la Tecnicatura Superior en Puesta en Escena, propone su ciclo: ABRIENDO ESCENA 2019, con una cartelera bastante ecléctica, lo cual permite satisfacer todos los públicos.

Por razones azarosa o quizás mera casualidad, el pasado domingo me encontré presenciando NEVA del dramaturgo chileno Guillermo Calderón. Con las actuaciones de Natalia Laphitz, Laura Wich y Federico Grinbank. Dirigidos por Hernán Márquez.

Confieso, pretendía sumar algo de entretenimiento a un domingo vacío. Me disculpo y celebro, pues la persona que ingreso en busca de llenar horas vacías se retiró con tantas ganancias como las que pueden obtenerse en una noche de casino con buena racha.

La obra es una revolución en sí misma, engaña y lleva al pasado muy lejano, así los espectadores perdemos la noción del tiempo. El cuento sucede lejos, muchos años atrás y en Rusia, esto destroza las posibilidades de afectar el presente.

Sin embargo, ese juego temporal logra que baje la guardia y el mensaje llegue sin restricciones, nada está interfiriendo entre el relato y mi yo observador. Las manifestaciones contadas hacen referencia a sucesos externos, tan lejanos como la historia en sí misma.

A pesar, de las distancias totalmente enfatizadas en todo el recorrido me siento cerca, muy cerca de cada vivencia y postura declamada por cada protagonista. Todos me convence de su punto de vista, de sus necesidades y de lo que creen está bien, tan solo porque desde donde se encuentra su punto de vista, es lo mejor.

La obra se sucede con diálogos exquisitos, por momentos cada cuerda del violín en vivo interviniente me llena de esperanza para poder afrontar tantos discursos crueles, desgarradores y vividos.

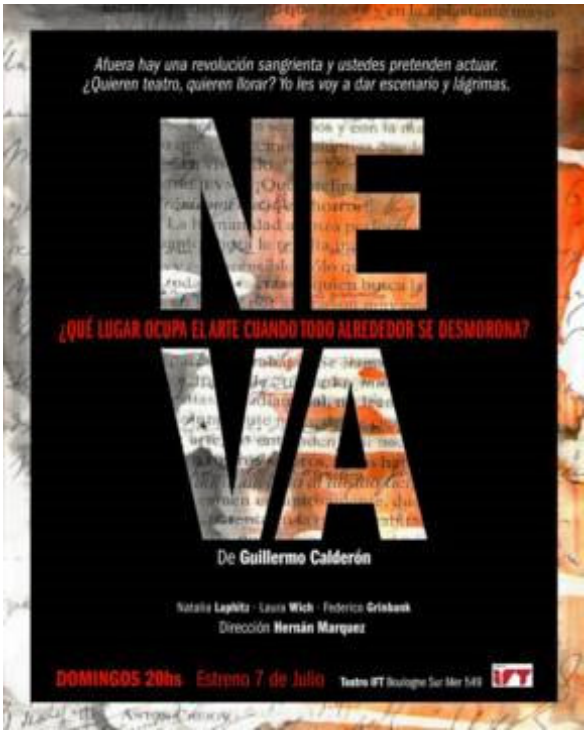
Cada personaje al expresarse me transporta a su realidad, convence a todo mi ser de su postura, me dejo llevar … no me importa lo que siento u opino, escucho con el mayor de los respetos y me mantengo neutral, entiendo el dolor de sus entrañas, la toma de posición a causa de sus vivencias.

Las interpretaciones de los tres artistas en escena son puras, no existen exageraciones. El vaivén planteado por el guion en donde la exigencia radica en interpretar a un actor y también un ser social afectado por los sucesos es absolutamente logrado.

La puesta en escena es controversial, patea el tablero de mis creencias y me lleva a replantear mis afirmaciones. El monologo final de Masha (Laura Wich) termina la partida, necesito barajar y dar de nuevo.

Plantea entre sus líneas: (…) afuera hay una revolución sangrienta y ustedes pretenden actuar. ¿Quieren teatro, quieren llorar? Yo les voy a dar escenario y lágrimas (…)

Me retiro movilizada, llena de interrogantes y algo de culpa. La pregunta no deja de acecharme, se transforma en afirmación: no es Neva, no es un teatro, no son esos ficticios actores. Es realidad, es Argentina, es cualquier lugar de este planeta en donde sus habitantes busquemos una esperanza en el arte para huir de un domingo desolado.



(*) Terminado el ciclo Abriendo Escena (mes de junio) la obra podrá encontrarse en la cartelera del teatro IFT – Boulogne Sur Mer 549. Todos los domingos desde el 07 de Julio hasta el 25 de agosto 2019.

ARTE PLÁSTICO

Yoyita Margarita
España
yoyitamargarita@gmail.com

Amarse

La ley de Anniett

Técnica: Pastel sobre cartón